



EL REY DE LOS NARCOTICOS



RALPH BARBY



Queen White terminó vocalizando las últimas notas de la melodía que interpretaba magistralmente en el *Red Melody Night Club*, ubicado en el Olympic Boulevard de Los Ángeles.

El público del local era económicamente poderoso y todos los hombres vestían *smoking*. Un club caro con espectáculos fuertes.

La mujer agradeció la cerrada ovación con pródigas sonrisas y una leve inclinación de cabeza. Hacía poco tiempo que cantaba en las noches de Los Ángeles y, sin embargo, dada su gran calidad de voz, los triunfos se habían convertido en habituales. Queen White comenzaba a recibir propuestas para la gran pantalla de los vecinos hollywoodenses.



Ralph Barby

El rey de los narcóticos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 999

ePub r1.1

Lds 25.01.18

Título original: *El rey de los narcóticos*

Ralph Barby, 1969

Cubierta: Miguel Garcia

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Queen White terminó vocalizando las últimas notas de la melodía que interpretaba magistralmente en el *Red Melody Night Club*, ubicado en el Olympic Boulevard de Los Ángeles.

El público del local era económicamente poderoso y todos los hombres vestían *smoking*. Un club caro con espectáculos fuertes.

La mujer agradeció la cerrada ovación con pródigas sonrisas y una leve inclinación de cabeza. Hacía poco tiempo que cantaba en las noches de Los Ángeles y, sin embargo, dada su gran calidad de voz, los triunfos se habían convertido en habituales. Queen White comenzaba a recibir propuestas para la gran pantalla de los vecinos hollywoodenses.

—Esto es todo un éxito, chica —le dijo una de sus compañeras que iba a ocupar la pista de actuación coa un bikini hecho de cintas que no podían medirse precisamente por metros.

La bailarina era escultural aunque Queen, que vestía hasta los pies con un traje dorado de gran escote, no tenía que envidiarla.

Su busto resaltaba juvenil, erecto. La cintura estrecha y sus caderas realmente atractivas.

Lo que más cautivaba de Queen White era su rostro, de óvalo perfecto y piel tostada. Sus labios eran ligeramente gruesos, aptos para el beso y los ojos de color castaño con tonalidades escarlata.

La abundante cabellera endrina caía casi salvaje sobre la sedosa piel que cubría sus hombros.

—Si tanto me lo decís, voy a tener que creérmelo.

—No te lo decimos nosotras, chica, sino el público con sus aplausos. Si me aplaudieran a mí la mitad que a ti, estaría más que satisfecha.

—Vamos, vamos, ahora son tuyos. Demuéstrales que sabes

bailar.

—¿Bailar? —La joven rió con sarcasmo—. Esos tipos bien vestidos con *smoking*, que quizá mañana estarán en consejos de administración de importantes empresas, no vienen a contemplar mi baile sino mi cuerpo. Los hombres son todos iguales.

Queen iba a protestar, pero ya su compañera había pasado a la pista, requerida por las primeras notas que el conjunto musical lanzaba al aire y que correspondían a su número.

Queen poseía un levísimo acento extranjero que pocos captaban y cuando alguien lo advertía, ella, sonriendo, replicaba que había pasado mucho tiempo estudiando música y canto en la vieja Europa.

Ello aún le confería más categoría entre los hijos del Tío Sam, que pese a tener una técnica avanzadísima, siempre miraban con sana envidia a la artística Europa.

Avanzó por entre medio de la gente que iba de un lado a otro de los bastidores tras ser felicitada por el gerente del local, que la miraba con muy buenos ojos, demasiados para lo que Queen deseaba. Había tenido que rechazar varias invitaciones de éste que la joven no consideró apropiadas, pese a ser una mujer de vida moderna y amplias miras. Quizá por ello y por los buenos dólares que ganaba seguía actuando en el importante *Red Melody Night Club*.

Al llegar a su camerino, se dejó caer sobre la silla frente al iluminado tocador. Suspiró.

Se hallaba algo cansada.

A través del pulido espejo vio cómo la puerta se abría. Dos mozos con un uniforme azul claro y gorra de plato penetraron en la estancia conduciendo una carretilla sobre la que aparecía un baúl bastante grande.

—Eh, ¿qué buscan aquí? —preguntó extrañada.

Los dos hombres de elevada estatura y fuerte complexión ni siquiera se habían preocupado de llamar a la puerta previamente.

—Venimos a recoger unos vestidos. Ése es el encargo que nos han hecho.

—¿Que se llevan unos vestidos? Me parece que se equivocan de camerino.

—Oh, no. Sabemos leer —replicó uno de los empleados.

Destacaba sobre su compañero porque sonreía, mientras que el otro semejaba incapaz de hacerlo.

—¿De veras? —replicó ella burlona, picada en su amor propio.

—Sí, claro. ¿No es éste el camerino de Queen White?

—Sí, Queen White soy yo, pero...

Antes de que pudiera seguir hablando, aquel gigante se le vino encima. La sujetó dolorosamente y tapó su boca evitando que gritara.

El otro individuo cerró la puerta cuidadosamente, pasando el cerrojo. De su bolsillo sacó una esponja y una botellita de plástico, cuyo contenido vertió sobre la esponja.

Queen, asustada, se debatió inútilmente. Era como una gacela entre las garras de un fiero león y gritar también le era imposible.

Poco después, la esponja humedecida le fue aplicada entre nariz y boca pese a las patadas que propinó a sus atacantes.

Sintió náuseas. Su vista se nubló y el cuerpo se negó a obedecerle. Instantes después era introducida en el baúl sujeto a la carretilla.

De este modo fue sacada del club por el callejón, sin que nadie se percatara de ello.

Cuando Queen White recobró el conocimiento, lo hizo rápidamente, aunque le pareció tener el cráneo repleto de algodones.

Escuchaba palabras y aún ignoraba su procedencia. Había muy poca luz a su alrededor.

No tardó en descubrir que se hallaba acomodada en el asiento posterior de un lujoso automóvil, con la cabeza reclinada sobre el respaldo mullido color crema.

Quienes hablaban lo hacían fuera del coche mientras fumaban tranquilamente. El auto, de fabricación americana, estaba dentro de un garaje sumido en la penumbra.

—¡Comisario Kanev!

—¿Qué sucede, Snediakov? —inquirió una voz desde el exterior.

Queen White, con los ojos muy abiertos pero sin acabar de comprender por hallarse todavía confusa por la anestesia que le aplicaran, descubrió que dentro del coche había un hombre acomodado ante el volante que la había estado vigilando a través del espejo retrovisor.

—La mujer ha despertado.

—Bien, Snediakov. Después de todo, ya se acerca la hora.

«¡Rusos!», exclamó Queen para sí, asustada.

Pese al intenso dolor de cabeza y las náuseas que la dominaban, reaccionó vivamente.

Asió la manecilla de una de las puertas, pero un hombre de rostro irónico y bigote recortado abrió la portezuela desde el exterior.

Queen saltó hacia la otra portezuela, pero un segundo individuo estaba allí para cortarle la huida.

Un tercero se acomodó junto al chófer.

Aprisionada en el asiento entre los dos hombres, Queen protestó:

—¿Qué significa esto? ¡Es un atropello!

—Buenas noches, camarada Zara, o ¿prefiere que la llamemos Queen White, como se hace llamar dentro del mundo imperialista?

El sarcasmo no amilanó a la muchacha que poco antes estuviera cantando con éxito en el *Red Melody Night Club*.

—¡Esto es un atropello! ¡Yo no soy rusa, no tienen derecho sobre mí!

—Snediakov, ponte en marcha. Por el camino explicaremos a la camarada Zara lo que quiere saber. Poco tiempo de permanencia le queda en los Estados Unidos de América.

El coche se puso en marcha.

—¡No! —gritó ella tratando en vano de escapar. Sus brazos fueron retorcidos dolorosamente.

—Sentiríamos tener que lastimarla. Es una mujer bonita y a nosotros no nos gusta destruir la belleza —siseó el comisario Kanev.

—¡Me quejaré por esto!

—¿A quién?

—Está bien —se resignó—. Suéltlenme, no escaparé.

—Magnífico que sea sensata. Nada iba a conseguir en caso contrario.

—Repito que no soy rusa.

—No gaste más saliva en convencernos. Sabemos que no es rusa.

—¿Entonces? —inquirió airada, acomodándose mejor en el asiento, ya que no había posibilidad humana de escapar.

Mientras, el automóvil salía de la bien iluminada ciudad de Los Ángeles.

—Es albanesa. Podemos darle datos sobre el día que escapó de su patria, etcétera, etcétera; mas no será necesario, ya que los conocerá tan bien como nosotros. No en vano es la protagonista de la deserción.

Zara suspiró, en parte vencida.

—Soy albanesa, no rusa. Ustedes no tienen jurisdicción sobre mí.

El comisario, que parecía tener mando sobre los otros dos hombres, sonrió suficiente.

—Todo nuestro mundo proletario y comunista se ayuda mutuamente. Tenemos derechos y deberes los unos con los otros. Debemos ayudarnos contra el imperialismo occidental y a las desertoras como usted hay que regresarlas a su lugar de origen para que sean juzgadas y castigadas en consecuencia. Es Una buena política para los que piensen desertar en el futuro. Que sepan lo que les espera si cometen la estupidez de elegir ser esclavos del mundo imperialista.

—¡Yo no soy esclava de nadie y tampoco rusa! Soy albanesa y precisamente mi país tiene ciertas fricciones con la madre Rusia.

—Sí, eso es verdad...

Su compañero de asiento rectificó:

—Yo diría que muchas...

—Bueno, el librito rojo les ha hecho un poco pro chinos.

—Yo no soy pro china ni prorrumpa. Sólo quiero vivir en paz de mi trabajo y como a mí me guste. —Se calló otras cosas que creyó no conveniente decir en aquellos instantes.

—Es cierto que los albaneses sois unos hijos algo díscolos de la madre Rusia. Por jugar tontamente a la contra, vuestra política se inclina hacia los amarillos del partido, pero como nosotros somos tolerantes y sabemos comprender los errores de nuestros hijos, os ayudamos con cierta clase de favores.

—¿Cierta clase de favores? —repitió Zara indignada—. ¿Raptando a mujeres que no son de su país?

—Sí, eso es, que no son de nuestro país para devolverlas a su patria. De aquí, naturalmente, saldrá de riguroso incógnito. Será como si no hubiera estado jamás en esta tierra. En Albania, el alto comisario político nos recibirá con los brazos abiertos y aunque sea a regañadientes nos agradecerá el favor que le hemos hecho regresando a una desertora. Luego, las felicitaciones pasarán a la

Prensa y a usted, naturalmente, le será impuesta una pena ejemplar que hará desistir a muchos de cometer la tontería de cruzar fronteras.

—De modo que me están utilizando para suavizar tensiones políticas y desviar, aunque sólo sea décimas de grado, la política de los dirigentes albaneses de su punto de mira pro chino...

El comisario Kanev se limitó a sonreír sin articular palabra, pero aquella sonrisa equivalía a una afirmación.

Ya en la autopista del sur de California, el lujoso automóvil aumentó de velocidad.

El cuenta millas marcó cien y muchos fueron los coches que quedaron atrás por no rodar tan rápidos.

La joven y hermosa cantante se sentía completamente atrapada y hundida. Era como estar en un tobogán cuyo final terminaba en el abismo y ella se deslizaba sin posibilidad de retroceso.

Sus piernas colgaban ya en el vacío y no podía escapar sin peligro de estrellarse contra el fondo rocoso de aristas cortantes.

Preveía una condena total a trabajos forzados pese a ser mujer. Su vida estaba arruinada y le daba miedo mirar hacia aquel futuro tan tenebroso.

En su país sería severamente castigada y ni siquiera podría recurrir a la ayuda de los americanos, ya que no había llegado a pedir auxilio político y su documentación era falsa.

Si en aquellos instantes se hubiera saltado una rueda o roto la dirección, estrellándose el auto contra un peñasco o muro, no le hubiera importado lo más mínimo. En aquellos duros momentos de prueba estaba convencida que era más fácil morir que vivir el resto de sus días encerrada y condenada a los peores trabajos.

Mas, el coche no se estrelló como deseaba Zara para escapar a su destino.

Tras una hora de recorrido por la ancha autopista, el auto se desvió por un camino particular de tierra regularmente apisonada que descendía entre pinos hacia la playa oceánica.

El vehículo soportó bien los pedruscos y socavones del sendero. La suspensión resultó inmejorable.

Se detuvieron al fin ante la puerta de un pequeño pero lujoso *cottage* al borde mismo de la bahía, al parecer propiedad de los mismos dueños.

El chófer pulsó el claxon dando una contraseña. No tardó en aparecer un hombre vestido como piloto aéreo. Zara suspiró; aquello era el fin.

—¿Cómo ha ido todo, camaradas?

—Muy bien —repuso el comisario Kanev—. Traemos a su pasajera. Gronko también les acompañará.

—Perfecto. En ese caso, no perdamos más tiempo. Es una buena hora para emprender el vuelo hasta Cuba. Allí ya tomarán el reactor que les conduzca al punto de destino.

—Correcto, ya puede sacar su aparato —ordenó más qué invitó Kanev, jefe de la operación.

El piloto ruso portaba en su mano un aparato de transistores que le servía para emitir órdenes electrónicas por ondas.

Tras girar unas ruedecillas, frente a la playa se abrió una gran puerta de madera camuflada por múltiples hiedras pegadas a ella, que caían desde lo alto.

El portalón cerraba un gran local abierto en la base de la colina.

Por dos canales de cemento que partían del interior de aquel portalón y cruzaban la pequeña playa en descenso, internándose en el mar, comenzó a deslizarse un hidroavión ruso, de moderna fabricación y potente radio de acción.

El hidroavión, apto para media docena de pasajeros y una pequeña carga adicional, salió del camuflado hangar. Sus patines se deslizaron por las guías de cemento, tirados por un cable accionado mediante un motor eléctrico que se había puesto en marcha por el control remoto de ondas que manejaba el piloto, al igual que el resto de mecanismos.

El comisario Kanev sonrió satisfecho. El era el padre de todo aquel montaje en tierra norteamericana, pues idea suya era el tener siempre dispuesto un aparato aéreo para llevarse cuanto interesara y sin que nadie les descubriera, como estaba sucediendo en aquella ocasión con la hermosa albanesa que escogiera la libertad.

El bimotor se detuvo, lamiendo sus patines las olas suaves del océano Pacífico.

La pendiente de los canales de cemento que servían de guías, eran ahora más pronunciadas. Un tope, movido mediante una palanca que quedaba a cuatro o cinco yardas de la orilla, impedía que el aparato se deslizara hasta el mar.

El cable que obligara al aparato a resbalar hasta la misma orilla y que cuando regresara habría de introducirle nuevamente en el hangar, se soltó dejando en libertad al pájaro de acero-aluminio.

—Ya podemos subir —dijo el piloto—. Dentro de breves minutos estaremos lejos.

Usted, comisario, se encargará de quitar el tope de deslizamiento.

—De acuerdo, camarada, y buen viaje. Den recuerdos a los camaradas cubanos. Siempre he considerado que es magnífico que su isla, la perla del Caribe, nos sirva de puente para llegar hasta los imperialistas yanquis.

Mientras el piloto comenzaba a trepar hacia la cabina del hidroavión, Zara miró angustiada al comisario raso. Éste, al verla todavía vestida con el luminoso y llamativo vestido que utilizara en el *show* del club, dijo:

—Es una lástima que una hermosura tan perfecta, una belleza tan agradable, se pierda. En adelante, ya no habrá quien la aprecie —dijo apesadumbrado—. O quizá, algún carcelero...

Zara respondió con una sonora bofetada que enrojeció la faz lechosa del comisario. Éste, dolorido y humillado al ser abofeteado ante sus subordinados, masculló:

—¡Estúpida! ¡De nada te servirá la tontería que acabas de hacer! Yo podría abofetearte ahora cuanto quisiera...

—Pues hágalo de una vez. ¿No va a destruirme llevándome a la cárcel solo por obtener unos sucios plácemes de alguien que se ha dado cuenta ya de quiénes son los tipos como ustedes, camarada comisario?

Kanev sonrió suficiente mientras se pasaba la mano por el lugar castigado.

—No es necesario que replique a tu estupidez, ya tendrás suficiente con lo que te espera. Una hermosura, una juventud que se va a perder...

Mientras esto ocurría, el piloto, trepando hacia lo alto por la escalerilla, abrió la portezuela, disponiéndose a penetrar en el hidroavión.

De súbito, del interior del aparato surgió un pie que calzado con buen y duro zapato propinó una patada en el mentón del piloto. Éste, sorprendido, fue proyectado hacia abajo rodando por la arena

húmeda.

CAPÍTULO II

—¡Eh! ¿Qué significa esto? —Gruñó el comisario Kanev mirando hacia lo alto.

Vio perfectamente que era noche de plenilunio y la luna parecía centrarse en la pequeña bahía, iluminándola espléndidamente.

—¡Quietos! Al que se mueva lo convierto en un colador — advirtió una voz en inglés desde lo alto de la cabina.

Todos, quedaron estupefactos. Del interior del aparato, que creían vacío, pues había estado en el hangar protegido con alarmas electrónicas, surgió un hombre alto, que mirado desde abajo lo parecía aún más.

Su cabello era abundante y enmarañado. Vestía de *sport* y lo malo es que les encañonaba con un subfusil ametrallador. A juzgar por lo largo de la petaca acoplada al arma, debía tener una provisión de sesenta balas dispuestas a ser lanzadas en breves segundos si hacía falta.

—¿Qué hace usted ahí? ¡Este avión no le pertenece! —Gruñó el comisario tratando de dominar la situación con su aplomo.

—Me llamo Jay y me agradan los líos, contra más fuertes mejor. Algunos dicen que soy un entrometido. ¿Qué opina usted, comisario Kanev?

—Que los que dicen eso no se equivocan. Ahora, sea buen chico y lárguese. Ya ha jugado bastante y ha podido demostrar que es un chico valiente al estilo hollywoodense. Este asunto no le importa.

Jay, desde lo alto, rió levemente mientras la mujer lo miraba parpadeando. Aquel hombre había surgido en su camino como un ángel tutelar.

—Se equivoca, comisario. Este asunto me gusta.

—¿Por qué? Si conoce mi nombre, es posible que sea del

contraespionaje.

—¿Yo del contraespionaje? —prorrumpió en una carcajada que irritó aún más a los rusos.

Snediakov, aprovechando que estaba medio cubierto por Gronko, trató de sacar su arma.

Apenas lo había conseguido cuando el ametrallador portátil ladró rabioso, soltando varias píldoras de plomo que se hundieron en la arena a los pies de Snediakov.

Éste, asustado, soltó su pistola alzando las manos rápidamente.

—La próxima vez, tiro a matar. —Mirando a la chica, Jay ordenó después—: Ponte tras ellos, nunca por delante.

—¿Para qué? —inquirió Zara.

—Regístralos. Debes quitarles las armas. Todos ellos deben ir bien provistos de artillería.

—¿Y qué hago con las armas?

—Una por una las arrojas al agua mientras yo los vigilo desde aquí arriba. Al que haga el tonto, lo convierto en angelito.

—Oiga, Jay, o como se llame —interpeló el comisario—. ¿Cuánto quiere para olvidarse de esta broma? Le pagaremos lo que pida, siempre que sea razonable.

—No gaste saliva, comisario, no va a convencerme. Alguien me dio el soplo de que aquí iba a cometerse una cochinateda con una chica y decidí intervenir, oportunamente por lo que veo. Después de todo, aunque los barriera a balazos, nadie iba a reprochármelo y mucho menos mi Gobierno. Les conviene ser buenos chicos y obedecer.

Mirando alrededor como tratando de localizar al culpable, el comisario rugió:

—¿Quién es ese alguien que le ha dado el soplo?

—Eso no se lo cuento ahora, comisario; sería perder demasiado tiempo.

—Ya están desarmados, creo que no llevan más armas encima —dijo Zara que se había preocupado de ir arrojando las armas al agua tal como se lo ordenara.

—Sea quien fuere el que haya dado el chivatazo, lo averiguaré.

—Pórtese bien y vivirá para saberlo. Si hace una tontería, lo mismo usted que sus compinches, no tendrán tiempo de averiguarlo.

—Está bien. ¿Qué quiere ahora que ya nos ha desarmado? —masculló Kanev con su acento extranjero.

—Que se pongan uno junto al otro para que pueda verles bien la cara a todos. Como si estuvieran en la milicia, ¿comprendido?

A regañadientes y gruñendo, se colocaron frente al norteamericano, que hizo un gesto a la chica para que se parapetara tras los rusos.

—Ya estamos. Ahora, ¿qué?

—¡Media vuelta, ya!

—¡Esto pasa de broma!

—Obedezca, comisario, o empiezo a disparar y luego me dan una condecoración oficial por haber vaciado la petaca sobre ustedes. Ahora, a caminar hasta que yo diga basta.

—¿Llegamos hasta los pinos o las rocas? —preguntó Kanev.

—Eso es cuenta mía. Ustedes a obedecer, ¿comprendido?

Los cinco rusos se pusieron en camino, como si fueran reclutas de un extraño ejército que practicara en la noche.

Jay, demostrando poseer una agilidad prodigiosa, saltó desde lo alto del aparato. Efectuó sólo una pequeña flexión para caer en la arena, sin que el ametrallador se desprendiera de sus manos.

—¡Media vuelta, ya! —ordenó de nuevo.

Los rusos, como unos reclutas normales, obedecieron por inercia quedando cara a cara con el norteamericano que ahora, visto más de cerca, ofrecía un rostro de rasgos duros, viriles, mentón agresivo y sonrisa algo cínica. Sus pupilas resultaban tan negras como el cabello indómito.

—Apártate, cariño, que esos buenos chicos vienen hacia acá.

—Bien, ya ha bajado del hidrógeno. ¿Qué quiere ahora, escapar con la chica? —preguntó desafiante el comisario soviético.

—¿Es que acaso puedo hacer otra cosa?

—Sí, marcharse al diablo y dejarnos continuar. Be lo contrario, no tardará mucho tiempo en arrepentirse, Joe.

—Me llamo Jay, no Joe, comisario.

—Para mí, todos los yanquis son Joe.

—Pues para mí, todos los rusos tan tontos como usted. ¡Arriba, todos al avión!

—¿Quéeee? ¡Yo no subo! —protestó el comisario.

—He dicho que arriba. El que quiera quedarse abajo, que

comience a rezar aunque sea ateo. Después de todo, nunca se sabe lo que puede encontrar uno al otro lado de la muerte.

Los rusos comprendieron que su situación era muy delicada.

Si aquel entrometido Jay los entregaba a la policía, lo pasarían mal y se organizaría un escándalo internacional que obligaría al Kremlin a tomar medidas contra ellos por el fracaso de la misión.

—Está loco, no cabe la menor duda de que se trata de un demente...

—Es posible, comisario —repuso Jay burlón—, y con un ametrallador en la mano resulto un loco peligroso. Bueno, ahora se llama un psicópata peligroso —rectificó—. Como por aquí cerca no hay ningún sanatorio para encerrarme, será mejor que suban todos al hidro y se larguen lejos, porque inmediatamente daré aviso por teléfono de que hay un avión extraño por esta zona. Seguramente, un par de

F-111

saldrían en su persecución y con este hidro a hélice no tardarían en ser alcanzados. Les sería difícil explicar su situación con un aparato ruso no controlado, pues para escapar al radar supongo que se habrán acercado a la costa deslizándose sobre el agua unas docenas de millas. En vuelo habría sido detectado inmediatamente y en cambio, captado por el radar como una embarcación pesquera o de recreo, no han tenido problemas.

—Cuando emprendamos el vuelo no se le ocurrirá disparar contra el aparato, ¿verdad? —preguntó Kanev con cierto temor.

—Por si acaso, denle toda la fuerza al hidro y aléjense rápidamente. Como soy psicopático, a lo mejor me entretengo vaciando la petaca de píldoras contra el hidro y entonces tendrían que buscarlos en el fondo del océano.

Los rusos se apresuraron en desaparecer dentro del bimotor.

Jay movió la palanca y el tope bajó, deslizándose el aparato hacia el interior del agua.

Se balanceó ostensiblemente.

Los dos motores comenzaron a rugir con fuerza. El hidroavión, con las luces apagadas y tomando por campo de despegue el centro de la pequeña bahía donde se reflejaba la lima con mil destellos hermosos, comenzó a alejarse primero y luego a elevarse, hábilmente dirigido por el piloto ruso.

Jay sonrió. Para que le oyera la chica, pero como hablando consigo mismo, dijo:

—Por miedo a que los apresen, saldrán de la zona jurisdiccional de los Estados Unidos en breve tiempo. Mientras, despotricarán furiosamente contra mí que les he sorprendido inoportunamente para ellos. Si regresan, tardarán en hacerlo temiendo que este lugar sea vigilado.

—¿Se lo comunicará a la policía?

En aquel instante, él semejó reparar en la mujer que estaba junto a él, casi lamiéndole los pies la espuma ligera de las olas.

La belleza femenina quedó bien patente allí, bajo la luz limar.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, Jay la rodeó con su brazo por la cintura. La estrechó contra su cuerpo suavemente.

—Tienes unos labios atrayentes y eres muy bonita, cariño.

La besó sin que ella pudiera eludir la caricia que resultó de alguien muy habituado a ellas, pues Zara deseó que no terminara nunca.

No se había detenido a pensar en el breve tiempo que conocía a aquel norteamericano. Se sentía atraída por su virilidad, por su empuje, quizá también por su cinismo. No comprendía el motivo, pero estaba muy a gusto dejándose besar primero y besando ella después.

Cuando los rostros se separaron, apenas un par de pulgadas, casi sin aliento, Zara insistió:

—He preguntado si se lo diría a la policía.

—Oh, no, claro que no. No resulto muy simpático a la policía. Ahora, creo que estamos ya demasiado tiempo aquí y vas muy descubierta de escote; podrías enfriarte.

Ella sonrió, mas no cubrió su generoso escote.

—Peor estaría a bordo de ese hidroavión que se ha perdido en la noche.

—Eso ya ha pasado, cariño... ¿Cómo has dicho que te llamas? Bueno, yo sabía que eres Queen White.

—Pues ese nombre vale, Jay —dijo dejándose tomar por el brazo para caminar más ligera y evitar caerse. Sus tacones se hundían en la arena, tropezando con las erosionadas piedras de la playa.

El la invitó a subir al automóvil de los rusos, en cuya matrícula

se adosaba el distintivo de cuerpo diplomático. Esta vez, Queen no subía en calidad de prisionera y lo hizo en el asiento delantero.

El coche se puso en marcha para deshacer el tortuoso camino particular de unas dos millas. Aventurarse por allí en auto era ponerlo a prueba.

—¿Por qué has hecho esto por mí, Jay? ¿Por qué te has arriesgado para salvarme si no me conocías?

El sonreía sin desviar su rostro, manteniendo la mirada fija en el camino para controlar el volante.

—Ya lo he dicho antes. Soy un entrometido, me gustan los líos y cuanto más peligrosos mejor. Además, no tolero las cochinadas.

—Para una mentalidad como la mía, es difícil comprender todo esto.

—¿Tú no harías algo para salvarme a mí si fuera necesario? —le preguntó abiertamente.

—Sí, claro que sí, pero ya te conozco.

Jay prefirió no seguir preguntando hasta dónde llegaría la fémina por él. Salió a la autopista, rodó unas yardas y tomó a introducirse en la maleza.

—¿Adónde vamos ahora?

—Ahí dentro tengo mi «carro». Éste no nos pertenece y podría traernos complicaciones.

Un veloz «Ford» Mustang gris perla aguardaba escondido. Tras abandonar el coche diplomático, subieron al «Ford», que no tardó en rodar por la cinta de asfalto en dirección a la ciudad de Los Ángeles.

Rebasaban ya el cinturón jurisdiccional del municipio de Los Ángeles cuando el «Ford» Mustang efectuó unos extraños virajes haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto.

Provocó frenazos, gritos, protestas y algunas rascadas en otros coches, yendo a detenerse frente a los setos de un parque público.

—¿Qué ocurre, Jay? —preguntó Queen asustada, temiendo que fueran a estrellarse de modo violento.

—No sé, algo se ha estropeado en este cacharro. Por poco nos partimos la cara con él. Ahora, hay que salir de aquí dentro.

En aquel instante, un automóvil patrullero de la Metropolitana de Los Ángeles se acercó haciendo centellear la luz roja y ululando estridentemente su sirena.

El coche policial les cerró la salida.

—¿Qué les ha pasado? —inquirieron.

—Nada, agente. El coche se ha estropeado. Por poco nos la pegamos.

—Tendremos que hacerle la prueba del alcohol, amigo.

—No insinuará que estoy bebido, ¿eh? —Gruñó Jay—. Apenas he tomado una copa.

—Eso lo veremos. Primero, enséñenos la documentación —pidió el oficial de la Metropolitana con cara nada amistosa.

En el coche-patrulla aguardaban dos agentes más.

—Ah, sí, claro.

Inesperadamente, Jay abrió la portezuela con tanta fuerza que le dio al gente en una pierna arrancándole un grito de dolor.

Acto seguido, el puño de Jay se estrelló contra el mentón del policía, tumbándolo de espaldas.

—¡Sálvate, Queen! —gritó Jay.

Saltó por encima del seto y desapareció por el parque público a la velocidad de un gamo perseguido por Un puma.

—¡A él, apresadlo! —chilló el oficial que estaba en el suelo.

Los dos agentes se apearon del automóvil pistola en mano. Saltaron también el seto y corrieron en persecución del fugitivo que les había sorprendido.

Queen, vacilante, quiso huir, pero el agente que cayera al suelo y que se frotaba dolorosamente la barbilla, la apresó por el brazo impidiéndole escapar.

—¡Suélteme, suélteme, me hace daño!

—Por lo menos, tú no escaparás, paloma, y aunque tu amigo el halcón haya volado, mis compañeros darán con él.

Se escucharon disparos y los curiosos se acercaron rodeando el coche policial.

Queen estaba sofocada y sin saber qué hacer. Aquélla no era su noche de suerte. Desde que entrara en su camerino del Red Melody *Night Club*, no cesaban de ocurrirle cosas desagradables. ¿Por qué razón huiría Jay?

—¡Apártense, fuera de aquí! Hay peligro, ¿no oyen los disparos? —gritó el agente.

Los curiosos sólo se retiraron unos pasos. Después de todo, las detonaciones sonaban lejos.

Diez minutos más tarde regresaban los policías con sus pistolas ya guardadas, sofocados por el esfuerzo físico, gruñendo uno y mascullando el otro.

—¡Se ha escapado, ese tipo corre más que Zatopeck!

—Se ha disuelto en la noche, pero teniendo a la chica, seguro que luego lo capturamos.

¿Verdad, preciosa?

—Oiga, que yo no soy lo que piensan. No conozco a ese hombre que ha huido —replicó la fémina cogiendo aplomo. Después de todo, aquella noche ya se estaba acostumbrando a vivir en continua zozobra.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué ha dicho «¡Queen escapa!»?

—Lo he conocido hace pocas horas. —Recordando que no le convenía explicar lo sucedido con los rusos, pues estaba en los Estados Unidos con documentación falsa, agregó—: Nos hemos conocido en el club y habíamos salido a tomar el aire.

—Eso se lo contará al capitán de Jefatura y estoy seguro de que él le sacará algo más de este feo asunto. ¡Vamos!

Bajo la mirada curiosa de los noctámbulos que allí se habían detenido, Queen White fue introducida en el coche policial mientras uno de los agentes se hacía cargo del «Ford» Mustang de Jay.

El recorrido se efectuó en silencio. Queen pensó que aquél era el tercer automóvil en el que la llevaban aquella desafortunada noche. ¿En qué lugar vería el sol?, se preguntó.

No sabía cuál iba a ser su futuro, pero sí que su situación continuaba siendo difícil, muy difícil. Si se percataban de que su documentación era falsa y que mal aconsejada no había solicitado asilo político, habiendo entrado en los Estados Unidos como inmigrante clandestina, era muy posible que la deportasen y el comisario Kanev, indirectamente, se habría salido con la suya. Sería juzgada duramente por sus compatriotas por haber elegido otro tipo de vida no sometiendo al régimen de su país.

El agente, malhumorado por los golpes recibidos del escurridizo Jay, volcó su disgusto en la muchacha y en silencio le colocó una anilla de las esposas a la muñeca, ciñéndose él la otra. Así, evitaba que escapara, cosa por otro punto imposible al ser mujer y llevar aquel bello pero incómodo vestido de noche. El agente sabía que la joven ni siquiera iba a intentarlo, pero de esta forma humillaba a la

mujer.

Al entrar en la estación de policía, Queen notó que acaparaba toda la atención de los presentes, policías y paisanos. Media docena de ellos eran reporteros fotográficos, a juzgar por sus cámaras y *flashes*, preparados y siempre en busca de la noticia sensacional.

—¡Eh, chicos, mirad qué preciosidad esposada por un musculoso agente! ¡Hay que hacerle una foto!

El primer relámpago hirió los ojos castaño-rojizos. Luego, fue como un cañoneo y se sintió vacilar. Posiblemente iba a salir en un montón de periódicos. Estaba perdida y le pareció que la tierra se abría bajo sus pies.

CAPÍTULO III

—¡Vamos, fuera, dejadnos en paz! —Gruñó el agente que la llevaba esposada.

—¿Qué ha hecho? ¡Vamos, suelte la lengua y lo suscribo gratis para todo el año a nuestra revista! —prometió uno de los reporteros.

—¡Yo le ofrezco un par de entradas para ver un estreno teatral! ¡La su mujer le va a gustar mucho ver actuar personalmente a Marlon Brando!

—¡Fuera, fuera, no quiero sobornos! —Gruñó el musculoso agente.

Cruzaron una barrera de barrotes de madera, vedada para los reporteros, aunque alguno de ellos seguía gastando película. La chica era muy hermosa, pero el agente se negaba a revelar algo sobre su identidad.

—Sentémonos aquí hasta que mi compañero haya informado al capitán de lo sucedido. Un sargento de guardia ordenó más que invitó al agente:

—Quítele las esposas. Aquí no va a escaparse.

—Si es una orden...

—Preciosa, ponte de lado y en pie. Te hago modelo fotográfica en cuatro días. Tienes clase —propuso uno de los reporteros buscando un ángulo medio encaramado en la barrera de madera mientras el sargento trataba de frenar su impulsividad empujándolo hacia fuera.

—¡Vamos, agente, suelte la lengua! ¡Le sacaremos en primera plana si el asunto lo merece, será el gran héroe!

—Está bien, está bien... —dijo pseudomolesto—. Sólo les revelaré que se llama Queen, no sé nada más. El interrogatorio lo

realizará el capitán Sharper en persona.

—«Queen...» —repitieron los fotógrafos, anotándolo rápidamente.

Al fin, el agente informador salió del despacho del capitán y con un gesto de su mano invitó al compañero y a la chica a que entraran en el despacho particular del jefe de la estación de policía.

Al ponerse en pie, las piernas de Queen temblaron. Allí mismo podía comenzar su proceso de deportación previo aviso al departamento federal de inmigración.

Estaba apresada, pero ¿por qué había huido Jay como una exhalación después de golpear al agente? ¿De veras estaba loco como había afirmado el comisario Kanev?

—Acérquese más a la mesa —ordenó acre el capitán.

Queen miró al hombre cuando la puerta ya se había cerrado a su espalda.

El capitán Sharper tendría alrededor de cincuenta años. Apenas unas hebras de cabello cruzaban su calvicie y sus ojos eran tan grandes como agresivos.

Parecía tener un pésimo carácter o es que quizá aquel día su mujer le había gastado una broma pesada que lo había enfurecido.

—¿Quién era el sujeto que ha salido huyendo tras golpear al agente? —inquirió a boca de jarro.

—No lo sé.

—¿Ah, no? Pues él bien que la conocía a usted por el informe que he recibido.

—Sólo sé que me había invitado a tomar el aire y que se llama Jay. No le conocía, ni tengo deseos de volver a verlo después de lo que ha pasado.

—De modo que se declara totalmente inocente por lo ocurrido, ¿eh?

—Sí, y si desean acusarme de algo —dijo tratando de afianzar su posición—, tendré que pedir la asistencia de un abogado.

—¡Un abogado, siempre lo mismo, un abogado y cierran las bocas! —Gruñó el capitán Sharper iracundo.

—Yo no he hecho nada. Si el tal Jay ha golpeado a un agente no creo que a mí, por acompañarle en su coche hasta aquel instante y no después en su fuga, se me pueda hacer cómplice.

—Eso es lo malo, que puede ser cómplice.

—¿De qué? —preguntó ella tratando de ser cada vez más fuerte ante aquel viejo tigre policial que le mostraba colmillos y garras.

—Eso es lo que aún ignoramos. Si el tal Jay ha huido después de golpear a un agente, negándose a mostrar su documentación, es que algo tenía que ocultar, algo que sería muy peligroso para él en caso de ser descubierto. Nosotros averiguaremos de qué se trata, para algo nos pagan los contribuyentes. Tenemos que justificar nuestro sueldo, ¿no cree?

—Yo no he hecho nada y no pueden retenerme aquí porque de nada pueden acusarme.

—Eso ya lo veremos. Por de pronto, no necesitará un abogado porque no va a ser detenida. Como ha dicho usted, no tenemos cargos exclusivamente contra usted, ya que no ha participado ni ayudado en la agresión contra el agente de la ley, claro que como conoce al tal Jay, hemos de pedirle que permanezca algunas horas más en la estación de policía, hasta que se aclare el asunto. El comisionado querrá interrogarla y luego el juez verá si se le pueden hacer cargos o no, es decir, él dirá si va a hacerle falta un abogado. Ahora, entréguese su documentación.

Queen palideció, pero reaccionó con prontitud.

—No la llevo encima.

—¿Ah, no? Claro, a las chicas como usted les molestan las cosas encima...

—¡Yo no soy lo que usted insinúa!

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué acompañaba a un delincuente por la autopista en el coche de éste?

—Trabajo en el *Red Melody Night Club*. Estaba allí cantando, cosa que pueden comprobar. Tenía calor y Jay me propuso ir a dar una vuelta. Eso es todo —mintió ocultando el asunto de los rusos que habían tratado de regresarla clandestinamente a su país.

—Bien, bien, ya lo verificaremos todo. ¿Cómo se llama?

—Queen White Ohara.

—¿De dónde es?

—De Nueva York —dijo con seguridad, recordando lo que constaba en la documentación que le habían proporcionado unos falsificadores en Londres, de camino hacia los Estados Unidos, una documentación por la que había pagado todos los ahorros de su vida.

—Todo será comprobado. Ahora, espere afuera, ya que no quiere responder a nada más.

—No contesto nada más porque no sé nada más —puntualizó ansiosa de que la dejaran ir antes de que descubrieran que su documentación era falsa.

—El comisionado y el juez lo decidirán, señorita White. ¿No es así como debo llamarla? —preguntó con sorna mal intencionada.

Queen White se resignó a su suerte. Era inútil pensar en escapar con aquellos forzudos agentes.

Se acomodó de nuevo en el banco en el que estuviera esperando antes, pero ahora sin la humillación de las esposas.

Los reporteros volvieron a mirarla. El agente que la custodiara, al ser abordado por los periodistas, manifestó:

—No está detenida. No se le ha hecho ningún cargo.

En aquellos momentos entró en la comisaría el agente que se había hecho cargo del «Ford» Mustang de Jay.

En voz baja, pero no lo suficiente para que no le oyeran los curiosos periodistas, dijo a su compañero:

—Me temo que este asunto se complica.

—¿Por qué? ¿Huellas?

—No. He hallado dos paquetes camuflados debajo del asiento posterior.

—¿Paquetes, de qué?

—Aquí están. —Los mostró a su camarada—. Se los voy a entregar al capitán. Me parece que son estupefacientes y no me extrañaría que fuera heroína. —Miró a la chica y agregó—: Por lo visto, va a pasar unos cuantos años a la sombra por complicidad en tráfico ilegal de drogas.

Queen se puso en pie como impulsada por un resorte al oír aquellas palabras.

—¿Drogas? —gritó uno de los reporteros.

—¡Heroína! —masculó otro.

—¡Un alijo de por lo menos dos millones de dólares! —saltó un tercero. De nuevo volvieron a relampaguear los *flashes* ante sus ojos.

El sargento, que hasta aquel instante había permanecido embebido en la lectura de una revista con chicas más o menos ligeras, masculó:

—El capitán va a darte lo que mereces, bocazas. No se debe hablar. Eres novato y no sabes dónde pones los pies.

—Sí, sí, señor —se apresuró a asentir el agente ocultando los paquetes que, sin embargo, ya habían sido fotografiados.

El sargento abandonó su puesto al percatarse de la gravedad del caso y empujó al recién llegado hacia el despacho del capitán, al tiempo que ordenaba al otro agente:

—Póngale las esposas a la chica. Ahora sí resulta peligrosa, muy peligrosa.

Queen vio con espanto cómo el acero volvía a rodear sus muñecas. No sabía si reír o llorar, no comprendía nada, pero los periodistas continuaban fotografiándola.

—¡Muñeca, ya tienes asegurada la primera página y a todo color! —gritó uno de los periodistas.

El capitán apareció por la puerta de su despacho. Sus mejillas estaban rojas. Se encaró con los periodistas y farfulló:

—¡Desalojen esto, el caso pertenece al FBI! ¡Vamos, fuera, que no tenga que repetirlo!

El capitán se llevó un pequeño abucheo, pero los periodistas, ligeramente empujados por tres fornidos policías, salieron a la calle.

—Conque quería un abogado, ¿eh, señorita White? —masculló con sarcasmo—. Pues opino que le va a hacer falta uno y muy bueno, de lo contrario va a pasar muchos años en la cárcel federal.

—¡Yo no sé nada de drogas!

—Eso se lo explicará con más detenimiento al departamento de estupefacientes de la policía federal, que no se andan con guante blanco. —Se volvió hacia el agente que fuera golpeado por Jay y ordenó—: Usted y su compañero Window la llevarán a la jefatura federal bien escoltada. Responden con sus cabezas por ella. Ya tienen un coche preparado afuera, lo he pedido por la radio patrulla. Mientras llegan a la jefatura federal, informaré por teléfono sobre lo acaecido. Dentro de un par de horas les enviaré el parte oficial y este feo asunto ya dependerá de ellos.

Otro agente salió del despacho del capitán Sharper llevando un paquete envuelto en papel de periódico, que entregó al capitán.

Este lo recogió con sus manos y lo pasó a Window, que iba a escoltar a Queen White en compañía de su camarada hasta los locales del FBI.

—Lleve esto con cuidado y entréguelo al inspector federal que se encargue del caso. No lo suelte por ningún motivo. Lleva usted encima dos millones de dólares en drogas.

Window parpadeó y tragó saliva.

—Tendré cuidado, señor.

—Eso espero. Envuelto en papel de diario, nadie va a sospechar lo que es. A lo sumo creerán que se trata de su cena empaquetada. Vamos, ¡largo de aquí!

Queen White, casi en volandas, fue conducida por los dos agentes, ansiosos de terminar cuanto antes aquel trabajo. El FBI se encargaría de todo.

En las escalinatas de la entrada de la estación de policía aguardaban un tercio de los periodistas que habían quedado en espera de alguna información más. Be nuevo relampaguearon los *flashes*.

Un coche patrulla esperaba al pie mismo de la escalera.

Si a Zara, ahora Queen White, cinco o seis horas antes le hubieran jurado lo que iba a ocurrirle, se hubiera negado rotundamente a creerlo.

Fue encajada materialmente en el asiento posterior del coche-patrulla, que lanzó al aire su intermitente luz roja.

Las manos femeninas, sujetas por las esposas, quedaron casi exánimes sobre el regazo. Los dos agentes se acomodaron a derecha e izquierda de la joven, de modo semejante a como lo hicieran los rusos que pretendían repatriarla.

Tuvo la impresión de que la escena vivida se repetía, sólo que quienes la escoltaban ahora no eran rusos sino yanquis y representantes de la ley. Sin embargo, por el modo en que la trataban, no podía sentirse muy contenta o esperanzada.

Apenas se escucharon los chasquidos de las portezuelas al cerrarse.

El auto arrancó casi brincando y la ululante sirena rasgó la noche y no el silencio, pues el tráfico, pese a ser altas horas de la madrugada, era intenso en aquella abigarrada población americana.

Queen se resignaba ya a su suerte, diciéndose que hicieran lo que quisieran con ella, pero que la dejaran en paz, aunque fuera dentro de una lóbrega celda.

Alzó sus grandes ojos de pupilas rojizas y su mirada se clavó en

el espejo retrovisor.

CAPÍTULO IV

Si en aquel momento la hubieran pinchado en sus bien torneados muslos, no le hubieran sacado sangre. La sorpresa superó casi lo que era capaz de resistir.

El chófer, agente de la Metropolitana a juzgar por su uniforme, incluida la gorra que llevaba casi calada hasta los ojos, no era otro que Jay que le dedicó una mirada y una mueca con los labios para que se mantuviera en silencio.

Queen White, tras haber sentido sus venas heladas, comenzó a notar el hervor de la indignación contra aquel hombre que la metiera en semejante lío.

Estaba dispuesta a soltar improperios contra Jay cuando recordó varias cosas: Primera, aquel beso en la orilla de la playa, casi bañándose los pies e iluminados por una maravillosa luna; segunda, que la había salvado arriesgando su propia vida de ser repatriada y por último, que iba a costarle mucho demostrar que no era su cómplice en el asunto de las drogas. Si la investigación duraba tan sólo unas horas más, quedaría rápidamente al descubierto por el departamento de inmigración, quienes averiguarían que estaba en Norteamérica clandestinamente.

Aquel cúmulo de cosas contuvieron los improperios en su boca y esperó los acontecimientos que no tardaron en producirse.

Apenas hacía unos minutos que el auto patrulla había partido cuando se introdujo en un callejón solitario, desviándose del *boulevard* principal.

—¿Piensas cortar camino por aquí, compañero? —preguntó Window sin soltar el paquete de heroína que portaba entre sus manos.

El automóvil se detuvo bruscamente y cuando el chófer giró su

rostro hacia los que se sentaban en la parte posterior, lo hizo amenazándolos con una «Luger» provista de silenciador.

—Si sois buenos niños, no os daré caramelos de plomo para vuestro ardor de estómago.

—¡Pero, si es el tipo que me ha golpeado! —exclamó el agente, más que sorprendido atónito por lo que ocurría.

—Vamos, vamos, resultáis algo duros con las damas. Esposar a un bombón como éste...

¿A quién se le ocurre?

—¡Si no me hubieras metido en este lío, ahora no estaría esposada! —protestó Queen conteniendo un suspiro al encararse con el rostro varonil de Jay.

—Tú —señaló con el cañón de la automática sobre cuyo gatillo montaba su dedo— debes de llevar las llaves.

—¡Estás atrapado, Jay! —masculló el policía que ya comenzaba a conocerlo bien.

—¿Ah, sí? Eso me da gusto. Vamos, que tengo prisa y no me queda tiempo para escuchar tonterías. Alza una mano y con la otra saca las llaves para soltar a la chica y ¡ajo! Si tocas tu pistola, y para ti también va eso, tendréis un funeral por todo lo alto. A los policías muertos en acto de servicio siempre les hacen magníficos funerales y a las viudas les dan buenas pensiones, claro que eso dura poco. Luego, a la tumba fría.

Con los labios prietos de rabia, el agente Morrimmer sacó las llaves y quitó las esposas a Queen White. Ésta se sintió como pájaro ante la puerta abierta de su jaula, lo que estaba temiendo es que afuera esperara un halcón para devorarla.

—Cariño, quítales las armas; tú ya sabes cómo hacerlo.

—Si le obedece, se convertirá en su cómplice —gruñó Window— si es que todavía no lo es.

—Cariño, si no lo haces, no vas a ver la luz del sol en mucho tiempo.

Jay le estaba ofreciendo una libertad que no podía desaprovechar y desarmó a los agentes con cuidado, siempre vigilados por Jay que se hizo cargo de las armas.

—Magnífico, ahora son un par de gallos sin pico ni espolones. Juntad vuestras manos por delante de la chica. Vamos, que no quiero perder más tiempo.

Los dos agentes obedecieron. Jay ordenó después:

—Queen, ponle una manecilla a cada uno y dame las llaves.

—¡No pueden hacernos esto! —rugió Morrimer, el agente golpeado con anterioridad.

—¿Ah, no? ¿Vas a impedirlo tú? Vamos Queen, termina de una vez o llegaremos tarde al cine.

La mujer no supo si estaba frente a un loco o ante el rey de los cínicos. Lo cierto es que los dos agentes quedaron esposados y luego salieron del coche.

Window pasó por delante de Queen, llevándose el paquete sin mencionarlo. Jay se lo quitó de las manos.

—Será mejor que te alivie del peso.

—¡No, eso no! —rugió Window pálido, pensando lo que le sucedería después al enfrentarse con el colérico, capitán Sharper.

—Son las drogas, heroína —puntualizó Queen.

—¿Heroína y todo? Vaya, estos policías de hoy en día no son muy de fiar. ¡Vamos, fuera!

Cuando la portezuela se cerró, el coche arrancó veloz abriéndose paso con el ulular de la sirena.

—Jay, ¿cómo has conseguido todo esto?

—Ya te lo he dicho, siempre ando metiéndome en líos. No puedo esquivarlos desde el día que tiré una china a un profesor y le di en un ojo.

—¿Y qué le sucedió?

—A él, poca cosa, pero a mí, como era pequeño, me calentaron cierta parte del cuerpo.

Tuve que cambiar de colegio.

—¿Sólo por una travesura? —preguntó Queen desde el asiento posterior.

—Bueno, si descontamos que rayé todos los cristales del instituto con el anillo que papá le regaló a mi madre de prometida. Era un brillante espléndido, ¿sabes? No hubo cristal que se le resistiera. Hasta probé con las gafas del rector, se las había descuidado sobre una mesa. Luego, sólo veía rayas por todas partes.

Queen White no pudo por menos que echarse a reír y aquella carcajada resultó la válvula de escape para sus alterados nervios. Ya más tranquilizada, preguntó al fin:

—¿Adónde vamos ahora? Yo no puedo regresar al Red Melody

Night Club. Me arrestarían enseguida. Saben que trabajo allí y los dos agentes que hemos dejado atrás empezarán a vociferar que soy una delincuente cómplice de un traficante en estupefacientes.

—¿Un traficante en qué has dicho?

—Es-tu-pe-fa-cien-tes —silabeó con retintín.

—Vaya, me meto en muchos líos pero ignoraba que estuviera traficando con drogas.

—¿Ah, no? ¿Y ese paquete que les has quitado a los agentes?

—Tú has dicho que era heroína, pero creí que iba de broma.

—¡No me digas! —exclamó cómicamente perpleja—. ¿Sabes dónde han hallado esas drogas?

—No.

—En tu coche, Jay, camufladas debajo del asiento posterior. Es una casualidad, ¿verdad?

—Pues sí, me temo que es demasiada casualidad —asintió él conduciendo velozmente.

Gracias a la ululante sirena, todos les abrían paso.

—¿Serás cínico? ¿Todavía te haces el desentendido?

—¿De veras crees que esa droga es mía?

—¡Naturalmente! Resulta que eres un delincuente, un traficante en drogas y Dios sabe cuántas cosas más.

—Pues te equivocas, cariño. Ese coche, el «Ford» Mustang, no era mío.

—¿Cómo?

—Que no era mío. Lo había robado hacía tres o cuatro horas, por eso le di el puñetazo al agente. Al pedirme la documentación se habría dado cuenta de que el coche era robado y no quería que me enviaran a la «trena» por esa nimiedad. Es verdad que el coche era bueno, pero no pensé que tuviera dos kilos de drogas dentro. Supongo que a estas horas el dueño del carro estará hecho una furia y como de con nosotros, tenemos la muerte asegurada a corto plazo. No creo que ninguna aseguradora se atreviera a hacernos una póliza contra muerte violenta en estas circunstancias.

—¡De veras que eres el tipo más raro que he conocido en mi vida! —exclamó tocándose la frente con la palma de la mano—. ¡Dios mío, qué embrollo!

De súbito, la radio-patrulla comenzó a transmitir:

—Atención, atención, llamada general. Todos los coches patrulla

de ciudad Los Ángeles alerta. El coche patrulla

AX-120

ha sido robado. Lo conduce un peligroso delincuente que va armado. Repito, va armado. Lleva a su cómplice consigo, una mujer. Atención, atención...

—¡Nos están persiguiendo! —Se asustó Queen.

—Eso quiere decir que ya hemos usado suficientemente este trasto. Darían demasiado pronto con nosotros y, basta de sirena; ya hemos estropeado la noche a unos cuantos que dormían plácidamente.

Detuvo bruscamente el auto en una calle solitaria.

Tomó el paquete de drogas y salió del coche, invitando a Queen a que hiciera lo propio.

—Será mejor que nos alejemos de este auto. Nos prenderían inmediatamente.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Buscar otro coche.

—¡Qué solución más fácil! —repuso Queen como si ya estuviera suspendida de un globo y atravesando el océano. Junto a Jay, podía esperarlo todo—. Pero ¿qué coche vas a coger?

—Aquel que tiene un tono azul me gusta. Si tiene buena cantidad de gasolina lo emplearemos.

Miró a través del cristal. Vio el marcador de carburante y siguió gustándole.

Sacó una ganzúa y no tardaron en quedar acomodados en su interior. Hizo el puente de contacto y emprendieron la marcha alejándose de aquel lugar.

—Mientras ahora no encontremos bajo el asiento unos planos nucleares...

—¡Quién sabe! —respondió irónico—. A veces se encuentran las cosas más extrañas.

—¿Por qué te has llevado las drogas si no son tuyas?

—Antes quiero saber exactamente de qué droga se trata.

—Me defraudas, Jay. Los estupefacientes son una cosa sucia.

—Sí, pero dos millones de dólares puede que no sean tan sucios —replicó él.

Se quitó la gorra de agente y controlando el volante con las rodillas acabó de quitarse el resto del uniforme.

—Y ahora, ¿adónde iremos?

—Tengo un pequeño apartamento, bueno, es más una guarida de leones con pocas comodidades, pero a cambio tiene la ventaja de que nadie sabe de él, es decir, que es mi guarida particular.

Rodaron hacia el sector del muelle sur, lugar abigarrado mezcla de razas y edificaciones antiguas, un barrio escabroso para la mismísima policía, que tenía muchos problemas ya para controlar la gran urbe de más de ochenta kilómetros de norte a sur y cincuenta de este a oeste.

Abandonaron el coche y el uniforme policial dentro de él. Luego a pie y buscando callejones solitarios para no tropezarse con nadie, pues el vestido de Queen llamaba la atención, llegaron sin tropiezos al lugar que Jay buscaba.

—Esta escalera parece boca de lobo —comentó Queen con ciertos reparos.

—Sí, y cuanto menos nos vean, mejor. Arriba. En la buhardilla de este edificio está mi leonera.

El apartamento frente al puerto resultó tal como Jay lo describiera: una auténtica leonera.

Una gran estancia lo era todo, a excepción del pequeño cuarto de aseo.

—Dios mío, sí que es una leonera. Está todo patas arriba y lleno de polvo. ¿Dónde duermes?

—El sofá es una cama de matrimonio —carraspeó.

Como si no hubiera oído nada, Queen se dirigió al gran ventanal desde el que se divisaba el muelle, sus luces y las pequeñas embarcaciones.

—Es una vista maravillosa.

—¿Te sientes muy cansada?

—Deshecha —respondió apenas sin fuerzas.

—Entonces, te prepararé algo que te hará bien.

Preparó dos combinados de un bar bien surtido de bebidas. Tendió un vaso a Queen y dijo:

—Y ésta píldora, dentro.

Dejó caer una pastilla en el líquido que comenzó a disolverse por sí misma.

—¿Qué es eso? —preguntó recelosa.

—Es para que descanses bien, te hace falta. Puedes beber con

tranquilidad.

—Si tú lo dices, estoy en tus manos, no tengo otra salida — sonrió y bebió el combinado de un trago.

Cuando terminaron de beber, Jay ciñó la cintura femenina con su brazo.

—¿Te he dicho que eres hermosa?

—Sí, en la playa.

—Ya ha pasado mucho tiempo de eso, ¿no crees?

—Yo ya no sé qué creer, Jay, pero tú me gustas.

Frente al ventanal por el que entraba la luna a raudales, la pareja se besó largamente.

Queen se apoyó en el hombro al notar que sus piernas flaqueaban. Cuando Jay se percató de lo que sucedía, exclamó en voz baja:

—Se ha dormido en mis labios, qué preciosidad.

Para que no cayera al suelo, la llevó entre sus brazos como si la muchacha fuera ingrávida. Delante de ellos, el sofá convertible en cama de matrimonio.

CAPÍTULO V

En el despacho general del Donald South Bank de Los Ángeles, aquella mañana había reunión general y privada.

Dos guardias del propio Banco, armados con rifles, custodiaban la entrada a la planta de dirección general. Un resorte impedía que ninguno de los ascensores del edificio se detuviera en aquella planta hasta nueva orden y la escalera era controlada a su vez.

Arch S. Donaldson, nieto del fundador de aquel Banco que por su lujo e instalaciones en nada se parecía al primitivo, presidía la reunión en la que no había protocolo y sí malas caras, principalmente la del propio Arch Donaldson.

Sobre su regia mesa, un montón de periódicos y revistas.

—¡Esto es inaudito!

Frente a él habían seis hombres, todos bien trajeados y cinco de ellos fumando gruesos puros. En ninguno se advertía la carencia de dinero, precisamente.

El hombre que prefería fumar cigarrillos mostraba cinismo en su boca siempre sonriente. Sus ojos se hallaban ocultos tras unas gafas de cristales redondos y muy oscuros y era el único al que se le permitía ir tocado con su sombrero en el despacho de Arch S. Donaldson.

Aquel sujeto era Peter Macdebre, más conocido por el apodo de «Kaly», que pese a ser femenino le cuadraba bien. Se decía (sin que la policía hubiera podido comprobarlo) que una serie de víctimas estranguladas con pañuelos de seda eran obra suya.

—Ninguno de nosotros ha tratado de apoderarse del mercado de los narcóticos en Los Ángeles, Arch, tú nos conoces y lo sabes —aseguró Sammy Stevens, un mulato que se encargaba de los barrios negros en cuanto a la distribución de estupefacientes se refería.

Pese a ser éstos económicamente débiles, resultaban los más continuados compradores de drogas.

—No os he llamado aquí urgentemente para deciros que no me fío de vosotros.

«Kaly» sonrió. ¿Habría trabajo para él? Cuando Arch Donaldson desconfiaba de alguien, éste desaparecía por completo o era hallado cadáver en cualquier parte, sin que a nadie se le pudiera imputar el crimen.

«Kaly» trabajaba bien, por eso Arch Donaldson lo tenía contratado para su organización. Era el verdugo. Sólo el propio Arch podía darle órdenes y le agradaba que estuviera presente en todas las reuniones.

Su rostro, su aspecto cínico, infundía respeto a sus colaboradores en la organización de narcóticos que él manejaba. «Kaly» no fallaba nunca y nadie sabía quién sería el próximo en su lista negra, lo que equivalía a ir preparando el testamento.

La policía había tratado múltiples veces de detener al verdugo «Kaly», mas había sido inútil. Arch Donaldson pagaba con sus dólares buenos abogados que oficialmente eran asesores de su Banco y «Kaly», cuando más, apenas pasaba un par de horas en una comisaría.

Siempre salía de la Jefatura sonriente y fumando tranquilamente un cigarrillo.

—A esa mujer nadie la conoce y por cierto, es muy bonita —dijo Japherty que cuidaba de la zona portuaria, tanto de la distribución de la droga como de recepción de embarques e impedir que otros se inmiscuyeran en el mercado ya copado por ellos.

Pisarles el terreno representaba la muerte para los entrometidos y no habían sido éstos menos de media docena, con muchas agallas pero poca suerte al final.

—Yo sí sé algo de ella —dijo Stanley.

—¿El qué?

—Que trabaja en el *Red Melody Night Club*. Una cara y un cuerpo demasiado hermosos para olvidarlos.

—Eso ya lo ponen las revistas, no es noticia —gruñó Arch S. Donaldson.

—Bueno, creo que era una chica que se las daba de decente —añadió Stanley—. Muchos habían tratado de salir con ella sin éxito.

—¿Fuiste tú uno de los fracasados, viejo? —rió Japherty.

—¡Te romperé esa dentadura postiza que llevas si sigues riéndote, imbécil! —increpó Stanley. Pese a ser pequeño, era muy fornido y sus puños semejabán arietes.

—No estamos aquí para discutir, sino para hallar la solución a este lío.

En aquel momento sonó uno de los cinco teléfonos que reposaban sobre la mesa de Arch Donaldson. Éste los miró y al fin tendió su mano hacia uno de ellos, acertando.

—¿Diga?

Ninguno de los presentes pudo escuchar la voz que hablaba al otro lado del hilo. Sólo veían que el ceño del boss estaba fruncido.

—Un momento, sí está aquí. —Tendió el auricular—. Stanley, es para ti. Espero que no vayan a decirte una tontería.

Stanley grave pero suficiente ante sus compañeros, tomó el auricular. Escuchó sin decir una sola palabra y colgó.

—Es uno de mis muchachos —aclaró.

—¿Qué quería? —apremió Arch.

—Es sobre esa chica, Queen White.

Mientras los ojos de todos, ávidos de noticias, se clavaban en Stanley, Arch preguntó:

—¿Algo interesante?

—Sí, su documentación es falsa. Puede tener otros nombres.

—Vaya, la chica no es tan tonta e inocente como aparece en las fotos.

—Sus huellas digitales no están en el fichero de la policía ni en el del FBI.

—Eso complica las cosas y me hace pensar más en una profesional que en una aficionada. Continúa.

—Se supone, por un leve acento que posee y según han dicho sus compañeras del *Red Melody Night Club* que es extranjera. Por ahora, no hay más noticias.

—Bueno, no es que tu agencia particular sea un prodigio de información pero algo es algo. La chica es peligrosa pero lo parece mucho más el tipo que va con ella, un tal Jay, que me preocupa bastante. El se la arrebató a la policía de una manera muy limpia, de profesional.

—¿No se sabe si operan solos o tienen también su organización?

—preguntó «Kaly» por meter su cucharada.

—Eso no lo sabemos, pero sí que tienen dos millones en heroína. Si ponen la droga a la venta a un precio más bajo que nosotros, que monopolizamos este tráfico en Los Ángeles, los pequeños vendedores les comprarán a ellos.

—¡No podemos consentirlo! —Fue la unánime protesta de todos.

—Hay que dar con ellos. No vamos a permitir que unos extranjeros copen nuestro mercado.

—Quizá vengan con nuevas técnicas —gruñó «Kaly».

—¡Al diablo con sus nuevas técnicas! Desde aquí lo controlo todo y lo seguiré controlando. Quiero a esa pareja bien fría dentro de un par de ataúdes y, por supuesto, la heroína que nosotros introduciremos en el mercado con suma facilidad.

—Será difícil localizarlos. Parecen muy listos —advirtió Japherty.

—Si damos con ellos y el trabajo sale bien, los dos millones se repartirán a partes iguales.

—¿Entre todos? —quiso puntualizar Stanley.

—Entre todos, incluido yo mismo.

—Supongo que yo también entro en el arreglo, ¿no? —inquirió «Kaly».

—Sí, porque tú te encargarás de enviarlos al infierno, claro que si alguno de nosotros —dijo refiriéndose a los demás colaboradores— tropieza con ellos, te quitará ese placer.

—Bien Arch, pero yo no soy un sabueso —concretó «Kaly» que no tenía deseos de ir recorriendo los cientos de millas que la ciudad tenía de calles.

—Los muchachos se encargarán de eso. Japherty asintió:

—Mis muchachos estarán alerta en todas partes para tratar de localizar a la chica. Por donde quiera que pase en mi distrito, será vista y pasarán la comunicación rápidamente.

—Con respecto a mis muchachos —intervino Stanley— ya lo habéis visto; están trabajando por localizarla.

—Es lo que espero de todos. Vuestros hombres y la ciudad entera se ha de poner en movimiento para hallarla pero no es ella quien interesa, sino el tipo ese que la policía, los periódicos y las revistas llaman Jay. Ése es nuestro hombre. Si descubren a la chica, que no la aborden. Hay que seguirla para que nos conduzca a él,

¿comprendido?

—Sí —asintieron.

Lowell puso una objeción:

—¿Y si se han evaporado, y si han salido de la ciudad?

—No —cortó el propio Stanley—. Las carreteras han sido bloqueadas. La policía tiene mucho interés en darles caza. No saldrán de Los Ángeles por ahora. Mis informes son que la Metropolitana, después del ridículo que ha hecho al escapársele la chica y las drogas, colabora con el FBI en la búsqueda. Luego, a la hora de los tiros, ya se encargarán los federales del departamento de estupefacientes. El lío que se ha producido por culpa de los muchachos de la Prensa, al hacer pública esta noticia bomba, ha obligado a los medios oficiales a ponerse en acción con todos sus efectivos.

—Y a río revuelto, ganancia de pescadores —añadió Arch más sonriente al observar la total cooperación de sus hombres— y los pescadores somos nosotros. Como ha dicho Stanley, esa pareja o por lo menos la chica no saldrá de la ciudad y si la localizamos a ella, llegaremos hasta Jay.

«Kaly» añadió:

—Y que cuando la policía los encuentre estén fiambres, aptos para ser enterrados.

—Exacto, «Kaly». Tú te encargarás del trabajito. Como siempre, puedes coger los colaboradores que necesites pero que tengan la lengua quieta.

—Cuando alguien se va de la lengua, «Kaly» se encarga de que quede quieta para siempre.

—Espero que sigas con ese sistema, «Kaly». Esta ocasión es muy interesante, hay mucho dinero de por medio, pero no es eso solo.

—Ya, unos entrometidos que pretenden pisamos el terreno.

—Exacto, y si tenemos más éxito que la policía, podríamos aprovechar esta situación favorable.

—¿Para qué? —inquirió Japherty.

—Para subir un poco el precio de la droga si todo sale bien. Como se habrá asegurado el monopolio y habrán comprendido que si no se nos compra a nosotros, no hay narcótico, pagarán.

Todos rieron. La idea del boss era excelente.

—Pero primero, hay que salir adelante con este embrollo —

gruñó Stanley—, y no será sencillo. Esa pareja se sentirá acorralada. La policía y el FBI los acosarán como si fueran lobos.

—Nosotros tenemos que ganarles la delantera. La policía tiene la desventaja de su uniforme y de que se les huele desde lejos. En cambio, nuestros muchachos, uno que vende helados, otro que reparte leche, todos esos pequeños distribuidores que hacen que los narcóticos lleguen al gran público, estarán alerta. Ellos huirán de la policía pero no saben que miles de ojos podrán descubrirlos, miles de ojos que habrán grabado previamente en sus retinas la imagen de Queen White. En cuanto sea vista, ya no la perderán y eso ha de ser antes de veinticuatro horas. ¿Comprendido?

Todos asintieron.

—Yo estaré esperando junto a mi teléfono —dijo «Kaly»—. Cuando sepan algo para mí, ya sabe dónde llamar, Donaldson.

—Descuida, «Kaly». En cuanto a los demás, ya os he dicho que confío en vosotros pero si a alguien se le ocurre trabajar por su cuenta y hacer desaparecer ese par de kilos de heroína...

Peter Macdebre, «Kaly», sonrió de forma significativa mientras sus pupilas, ocultas tras las gafas redondas y oscuras, recorrían uno por uno los rostros de los colaboradores de su patrón.

—No te hemos defraudado nunca, Arch. No veo el motivo de esta amenaza —gruñó Japherty.

—Lo digo porque dos millones de dólares son mucha tentación y eso sería perjudicial, muy perjudicial. No llegaría a disfrutar ese dinero quien pretendiera apropiarse de las drogas. No hay que olvidar que trabajamos en equipo, por eso el departamento de estupefacientes no ha podido con nosotros.

—Hasta ahora —puntualizó Lowell.

—Y en adelante tampoco si trabajamos bien. Ah, también hemos de averiguar quién ha suministrado la droga a esos entrometidos. La heroína no es fácil de hallar en cantidades importantes. Debemos saber de qué mercado procede y será bueno entonces que lo controlemos. En este asunto, como en todos, no quiero que quede ningún cabo suelto.

—Descuida Arch, así será —asintió Japherty seguro de sus palabras—. Tu Banco continuará en auge y aunque lo sospechen, nadie podrá demostrar que con el dinero de los impositores del Donald South Bank se adquieren drogas y se maneja este tráfico en

la ciudad de Los Ángeles. Un negocio más productivo que dirigir empresas que sólo dejan el ciento por ciento o construir edificios con un beneficio neto final del cincuenta por ciento, o, por supuesto, dejando hipotecas.

—El fundador de este Banco comenzó gracias al petróleo aquí descubierto, pero si no fuera por mí, el Banco no sería lo que es. No tendríamos este nuevo edificio, montado sobre el viejo y preparado para una magnífica recepción de los clientes que se sienten bien tratados y cobran sus dividendos. Muchos de ellos perciben tantos por cientos más elevados extralegalmente para no pagar impuestos, pero cuanto más dinero impongan, mejor se manejará este negocio de las drogas que no escapará a nuestro control.

—Sí, el mundo de las drogas ha levantado grandes imperios —asintió «Kaly»— sobre todo en Hong-Kong.

Allí hay cientos de millones de dólares en edificios que han sido levantados con los beneficios de los narcóticos.

—Y yo pienso hacer lo mismo aquí, «Kaly». El famoso FBI nada podrá contra nosotros. Este edificio está a prueba de todo y no podrán descubrir nuestro almacén de drogas que está bajo nuestras plantas y el modo en que las sacamos de aquí. Yo he conseguido lo que nadie: montar la industria de los narcóticos en gran escala. He gastado mucho dinero en esto. Pago a gente lista como vosotros y también a químicos que transforman la morfina en heroína para ganar el ciento por ciento en la operación, claro que no voy a despreciar la heroína ya hecha como la que se está presentando delante de nuestros ojos.

Tras aquel pequeño discurso que Arch S. Donaldson había deseado pronunciar para dejar a sus colaboradores más convencidos de su fuerza y para que comprendieran que unidos a él ganarían más y se sentirían seguros frente a la ley, disolvieron la reunión.

Una extraña pareja, Queen y Jay, había sido ya sentenciada a muerte. Peter Macdebre, el verdugo de la organización, sólo esperaba la fecha y hora de la ejecución. El se encargaría del resto y jamás había defraudado a su patrón, el hombre más popular de Los Ángeles, el respetable banquero continuador de la dinastía fundada por su abuelo. Un hombre que asistía a las grandes reuniones sociales y que algunos incluso decían acabaría siendo el gobernador

del Estado.

CAPÍTULO VI

Cuando Queen White abrió los ojos, se halló rodeada de una grata penumbra.

En los primeros instantes, no comprendió nada. Ignoraba dónde estaba o si había sufrido una pesadilla.

Frente a sus ojos había un amplio ventanal sobre el que habían corrido unas espesas cortinas que tamizaban la luz agradablemente.

«No recuerdo esas cortinas», se dijo.

Hizo un gran esfuerzo para recordar y observó alrededor, habituando sus ojos a aquella claridad que no hería sus pupilas ni la dejaba a oscuras.

Lo que la rodeaba tenía el aire de una desordenada leonera. Parecía como si una docena de niños, entre siete y trece años, hubieran pasado una tarde de domingo allí sin que nadie los vigilara, haciendo y deshaciendo a su antojo.

—¡Jay! —exclamó.

Se incorporó sobre la cama y comprendió que no era un lecho normal. Inmediatamente, recordó que era un sofá convertible y ella se hallaba cubierta por una sábana, pues hacía algo de calor.

—Yo estaba con él junto al ventanal. Me besó y no me acuerdo de nada más. Creo que me dormí en sus brazos y entonces...

Esbozó una mueca de espanto al darse cuenta de que se hallaba en ropa íntima bajo la sábana y que su vestido de noche aparecía tirado sobre una silla. Ella no recordaba habérselo quitado.

Miró más escrutadoramente a su alrededor y observó que en la cama habían dos almohadas, ambas holladas por una cabeza humana. Ella sólo había empleado una...

—Me estoy temiendo que he caído en las garras del peor cínico que ha conocido la historia.

En aquel momento se abrió la puerta de la buhardilla y apareció Jay cargado con bolsas, cajas y un montón de revistas y periódicos.

—Hola, cariño. ¿Ya despierta?

Queen se cubrió el busto rápidamente.

—¿Qué significa todo esto?

—¿El qué? —preguntó él dejando cuanto llevaba sobre una mesa, no sin hacer equilibrios y verse obligado a cerrar con el pie.

Queen pensó que era preferible no entrar en detalles o tendría que sonrojarse.

—¿Qué hora es? Mi reloj se ha parado.

—Las doce.

—¿Del mediodía?

—Sí, cariño.

Jay tiró de los cortinajes y el sol entró brutal por la ventana, bombardeando las retinas femeninas y bañándola enteramente en luz.

—¡Que me ciegas! —protestó cubriéndose el rostro con el brazo. Al ver que la sábana caía hacia su regazo, apoyó una mano sobre ella.

—Bueno, correré un poco las cortinas, aunque aquí arriba no debemos temer nada.

Desde ninguna ventana somos visibles. Abajo tenemos la calle y al otro lado, el mar. Te recomiendo un duchazo, cariño. Te sentirás como nueva y olvidarás los sinsabores de esta noche pasada. He comprado algunas cosas para comer pero no tendrás que cocinar, ya me he traído un abrelatas. Leche, buen *whisky* y cigarrillos, creo que no he olvidado nada. Ah, además te he traído ropa.

Ella parpadeó. Era como si Jay le hablara en chino, no podía entender aquella jovialidad y vitalidad del hombre. Para él no parecían existir problemas en la vida y, sin embargo, andaba metido en ellos hasta el cuello.

—¿Qué has dicho, que me has traído ropa?

—Claro, no vas a ir siempre con ese vestido largo. Te hace muy hermosa pero es poco práctico para andar por la calle. Además, serías muy reconocible. Fíjate.

—¿En qué? —preguntó tomando los periódicos y revistas que Jay le tendía mientras se dejaba caer sentado en la cama, con indolencia y sin malicia—. ¡Si soy yo! —exclamó asombrada.

—Sí, has salido en todas las primeras planas. La policía de Los Ángeles te busca y no digamos el FBI desde que se enteraron de la existencia de los dos kilos de heroína. Ha sido como hacer explotar una bomba nuclear en medio de la ciudad. El mundillo de los policías se ha convertido en un avispero. Se me ha ocurrido, además, ir hacia las carreteras de salida de la ciudad...

—¿Con un coche robado?

—No, por Dios, también tengo coche propio, no siempre los ando robando. Ella parpadeó de nuevo.

—Jay, de veras que no te entiendo. ¿Por qué robas los coches, si tienes uno?

—Por comodidad. A veces, uno deja el coche lejos y ni se acuerda de donde lo ha aparcado.

—¡Calla, calla o voy a afianzarme...!

—¿En qué?

—¡En creer que estás verdaderamente loco!

—Hum...

Jay no pareció molestarse y le tendió un bombón que ella comió contagiándose de la jovialidad y alegría de aquel ser casi irreal. Por unos momentos, Queen pensó que estaba soñando como lo hiciera Alicia en su cuento, de visita al país de las maravillas y las cosas desconcertantes.

—Como te decía, las carreteras están bloqueadas. Sólo que te vean, te echarán la red. En estos momentos eres la mujer más popular de California. Un ejército anda buscándote.

—¿A mí?

—Bueno, en realidad es a mí. A través de ti quieren llegar a mí. Pero anda, que tengo apetito. Cuando salgas vestida de la ducha comeremos y charlaremos sobre lo que debemos hacer. Esta vez estamos metidos en un buen lío. El asunto de los rusos queda pequeño al lado del embrollo en el que estamos atrapados.

—Saldremos de todo esto, ¿verdad, Jay? —inquirió con angustia.

El se tragó el resto de bombón que tenía en la boca. Se acercó a la muchacha, la besó en los labios, le quitó su bombón y preguntó:

—¿Y lo dudas estando a mi lado, cariño?

Ella prefirió no responder.

—¿Qué vestido me he de poner?

—Bueno, yo he traído varias cajas. No te lo vas a creer, pero he pasado mis apuros para comprar esta ropa de mujer.

Ella rió abiertamente. Le agradaba Jay porque si bien era varonil y atractivo, no tenía sucia malicia aunque no perdiera ocasión de besarla. Si Queen no lograba sustraerse a la atracción varonil, era lógico que ella también le atrajera al hombre, no en vano era muy hermosa.

—Bien, veo que ya estoy surtida de ropa íntima. ¿Qué más?

—Mira, en una caja hay un vestido y en la otra un pantalón y un jersey de hilo sin mangas.

Queen aprobó con varios movimientos de cabeza al destapar las cajas.

—Hum, parece que sabes elegir los colores. Tienes buen gusto, Jay.

—Me alegra que te satisfaga. Siempre he creído que es difícil acertar el gusto de una mujer.

—Pues tú lo has conseguido, Jay. Escogeré el vestido ahora. Quizá luego tenga que correr perseguida por la policía y me hagan falta los pantalones para mayor libertad de movimientos. A tu lado no sé dónde estaré dentro de cinco minutos.

Queen White tomó las dos cajas y envolviéndose en la sábana, se puso en pie. Fue hacia el cuarto de baño que era muy pequeño y sólo tenía un plato de ducha, careciendo de bañera. Se encerró por dentro.

Cuando volvió a salir, se veía más juvenil que antes.

—Jay, ¿cómo ha sido posible esto?

—¿El qué? —preguntó él.

—Has acertado plenamente con las medidas. Todo me cae a la perfección.

—Bueno, el vestido te sienta magnífico. Algo corta la falda, pero para una belleza como tú es espléndida. Te llevarías todas las miradas masculinas si salieras a la calle.

—Gracias, pero aún no me has dicho cómo has acertado las medidas.

El quedó un instante como pensativo, admirando a Queen que, embutida en aquel vestido blanco de minifalda, realzaba su belleza de tez tostada por el sol. El cabello azabache caía lacio sobre sus hombros.

Al fin, Jay hundió la mano en el bolsillo de su ligera chaqueta *sport* y sacó un objeto que mostró a Queen.

—Gracias a esto.

—¿Y qué es eso?

—Una cinta métrica. Te he tomado las medidas mientras dormías. Luego, ha sido fácil comprar.

Ella se sonrojó primero y luego se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Cada cosa que me dices es una sorpresa. No sé cuál va a ser la próxima.

—Mientras te parezca buena... Anda, comeremos algo. Nos hace falta, es posible que luego tengamos que correr mucho. Lo que no quisiera es tener que emplear a «Atila».

—¿«Atila»?

—Sí, es mi pistola. De pequeño tuve un perro llamado «Atila». Ladraba muy fuerte y era peligroso para los extraños. A mi automática también la llamo «Atila»; ladra fuerte si no le pongo el bozal.

—¿El bozal es el silenciador?

—Sí, veo que empiezas a comprender mi jerga. Pues bien, «Atila» es muy peligrosa para quien trate de cortarnos el camino.

Ella se le acercó hasta poner su mano sobre el hombro masculino.

—¿Has matado a alguien en tu vida, Jay?

—Vamos, cariño, no hables de muertos cuando vamos a comer carne en lata.

Comieron mientras leían todo lo que la Prensa había publicado sobre Queen White y el misterioso y escurridizo Jay, que había arrancado a la chica de manos de la policía ingeniosamente.

—Fíjate, aquí publican unas declaraciones del capitán Sharper —dijo Jay.

—El capitán es un hombre colérico. No creo que nos perdone el haberlo dejado en ridículo.

—Sí, dice que nos va a enviar a prisión el resto de nuestros días. Que colaborará plenamente con el FBI en nuestra búsqueda y captura y que si halla el medio de que nos encierren juntos en la cámara de gas, tratará de conseguirlo.

—¿Y qué haremos ahora? No vamos a poder salir de la ciudad y

si nos ve la policía estamos perdidos.

—Vamos, cariño, no te asustes por la policía, los más peligrosos no son ellos —dijo él entre mordisco y mordisco.

—¿Ah, no? ¿Quién entonces?

—Los del mundo del hampa. Los conozco bien.

—¿Por qué ellos?

—Si la Prensa no hubiera dado la noticia del asunto de la heroína y su valor, nada sucedería, ni nos darían importancia. Es posible que hasta nos ayudaran a escapar de las garras del capitán Sharper; pero ahora, con el narcótico en nuestro poder...

—¿Qué?

—Querrán localizarnos y ellos tienen muchos trucos para conseguirlo. Juegan sucio, emplean el chantaje y la extorsión para lograr lo que desean.

—¿Querrán apoderarse de las drogas?

—Me temo que sí. Además, si conocieras este país sabrías que cada sindicato, cada organización, controla un tipo de delito y un distrito, una ciudad o un condado. Los que controlen el mundo de las drogas en la ciudad de Los Ángeles andarán tras nosotros como perros hambrientos y con las fauces abiertas. Dispararán a matar.

—¡Y lo dices tan tranquilo, entre mordisco y mordisco! —Lloró preocupada.

—Lamento haberte metido en este lío, cariño, pero ya es tarde para remediarlo. Después de todo, si no me hubiera cruzado en tu vida, ahora estarías llegando a tu país de origen. ¿Sería eso mejor?

—No, Jay, creo que no, pero contigo no sé todavía adónde voy a llegar.

—Pues como en Cabo Kennedy se descuiden un par de trajes de astronauta, quizá seamos los primeros en pisar la luna —rió con desenfado, ganándose la confianza de Queen.

Ésta rió a su vez, comiéndose despreocupadamente su parte de bocadillo sin inquietarle ya que hubiera mucha gente en la ciudad esperando para llenarles el cuerpo de plomo.

—Jay, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, cómo no. Tú preguntas y yo contesto lo que me parece.

—Eres franco por lo menos —dijo ella sin molestarse por la respuesta del hombre.

—Trato de serlo. A veces, no se puede responder lo que se desea.

—¿Cómo, de dónde sacas el dinero para vivir?

—Apuesto en las carreras, en el boxeo. A veces vendo coches usados.

—¿Usados solo?

—No irás a pensar que vendo los coches que robo, ¿eh? Sólo los empleo para darme un paseo y basta.

—Bien, bien, yo no soy tu juez, sólo una mujer que te escucha.

—Pues, lo que te he dicho, apuestas, trabajos que se presentan fáciles. En fin, soy libre como un pájaro y me agrada vivir así. No hay nada de malo en ello.

—Sí hay de malo si tratas de aprovecharte de dos kilos de heroína pura que luego otros se encargarán de mezclar con distintos productos para adulterarla y venderla en dosis ínfimas para los desgraciados adictos que incluso robarán o matarán para comprar esa droga.

—¿Pe verdad crees que voy a aprovecharme de ese alijo?

—Como ayer dijiste que... —repuso ella al ver la extraña expresión del hombre.

—Aún no me conoces bien, cariño. Ayer te gasté una broma.

—¡Gracias a Dios, Jay! No me hubiera gustado que la vendieras a desalmados.

—Ni lo sueñes. Soy un canalla pero no tanto.

—¿Y qué vas a hacer con la droga?

—Entregarla a los federales.

—¿Cuándo?

—Parece que tienes prisa, cariño.

—Sí. Creo que si se publica la noticia de que el FBI tiene la droga, los *gangsters* de Los Ángeles se preocuparán menos de nosotros. Como tú has dicho antes, puede interesarles la droga.

—Es una buena idea.

—Incluso, la policía puede ceder bastante en su búsqueda. Ya no seríamos tan peligrosos.

—No está mal. El FBI no emplearía todos sus medios para buscarnos y el capitán Sharper sólo se ocuparía de hacernos cargos pequeños.

—Podríamos añadirle una nota dentro del paquete de drogas explicando lo sucedido.

—Sí, pero hay otros problemas, cariño.

—¿Cuáles?

—Que desean saber quién eres tú. Ya se habrán dado cuenta de que no eres norteamericana y también querrán conocer mi identidad. Son muy quisquillosos y no se contentan con las respuestas fáciles.

—Pero, podríamos intentarlo.

—De acuerdo, aunque será un problema devolverles la droga, pueden atraparnos mientras lo hacemos y en ese caso, no aceptarían ninguna de nuestras disculpas. Dirían que es un truco y una corte federal nos empapelaría para el resto de nuestros días. Le han dado demasiada publicidad al caso y los jurados, por muy imparciales que sean, son susceptibles de dejarse sugestionar por la opinión pública.

—No obstante, debemos intentarlo.

—De acuerdo, lo intentaremos. Ahora que ya he llenado mi estómago voy a empezar a hacer los preparativos.

Al verle ponerse en pie, Queen preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Primero, ir abajo y comprar una cartera o maletín para meter la droga dentro y que no sea sospechoso.

—¿La entregarás luego al FBI?

—Sí, eso creo.

De debajo del sofá extrajo el paquete con los dos kilos de narcóticos. Tomó sus medidas ante la mirada de Queen que preguntó:

—¿Siempre vas con la cinta métrica en el bolsillo?

—Sí, me resulta útil. A veces se cometen errores garrafales por no conocer las medidas que interesan.

Guardó la cinta en su bolsillo y tras besar los generosos labios de la mujer dijo:

—Aguárdame aquí, no tardaré en venir. No abras a nadie, sólo yo tengo llave de esta leonera.

—¿Y si alguien tratara de entrar?

—Defiéndete. —Abrió un cajón y sacó una pequeña «Browning». ¿Sabes usar esto? Queen tragó saliva.

—Tuve que utilizar una parecida a ésta cuando escapé de mi patria.

—Entonces, ya sabes lo que hacer. Está cargada —la arrojó

sobre la cama—. Quita el seguro y aprieta el gatillo hasta que no queden balas. Luego, pregunta qué quieren. Es el medio más seguro para seguir viviendo. ¿Comprendido?

—Sí, Jay, sí; tendré cuidado, pero no tardes.

Jay abandonó la buhardilla y cerró con llave desde el exterior.

Queen White, a solas, satisfizo su apetito y se sintió bien, muy bien. El vestido que Jay le comprara era bonito y el sol que penetraba a raudales por las ventanas la bañaba proporcionándole calor.

Se retiró el cabello hacia atrás, más por desperezarse alzando sus brazos que por arreglar su pelo que gustaba de llevar suelto, casi con salvajismo.

—¿Será verdad que corremos tanto peligro? ¡Con el cielo y el mar tan azules, con tanto sol! Parece que me he levantado de la cama después de una gran pesadilla. Si no fuera por los periódicos que me lo recuerdan todo con mi fotografía en primera plana, me costaría creerlo.

Cerró los ojos.

De pronto no pudo evitar un estremecimiento al oír el timbre del teléfono en el cual no había reparado.

Dudó, pero la llamada seguía insistiendo. Al fin, se acercó al aparato por si era Jay.

Tomó el auricular y se lo llevó a la oreja despacio, con miedo.

—¿Diga?

—Hola, Queen White. Usted no me conoce pero yo sí a usted, aunque no niego que me ha costado localizarla.

—¿Quién es usted, qué quiere?

—La heroína señorita Queen, la heroína —silabeó claramente y con sarcasmo aquella voz masculina al otro lado del hilo—. Usted nos la entregará sin problemas o mañana mismo volverá a ser noticia en la Prensa, sólo que en vez de su fotografía publicarán su esquila y, naturalmente, la de su amigo Jay.

CAPÍTULO VII

Nerviosa, colgó precipitadamente sin querer escuchar más aquella voz irónica y segura que la amenazaba tras haberla localizado.

El miedo, el deseo de sobrevivir, volvió a atazarla.

Se aproximó al sofá con rápidas zancadas y tomó la «Browning» quitándole el seguro. Apuntó con ella hacia la puerta. Instantes después, se escucharon unos pasos que se acercaban a la hoja de madera.

Montó el dedo sobre el gatillo. El seguro ya estaba quitado, sólo tenía que disparar y luego preguntar...

Una llave se introdujo en la cerradura. Sonó un chasquido.

Queen jadeó sin moverse del sofá. El cañón de la «Browning» apuntaba hacia el centro de la puerta. Si alguien entraba, no podía fallar el tiro y menos si oprimía el gatillo por seis veces. Un plomo u otro acabaría con el intruso. Se sentía tan acorralada como ante una manada de lobos hambrientos tras un largo y gélido invierno.

Al abrirse la puerta, hizo un violento esfuerzo por contener su dedo índice.

Frente a ella estaba Jay que quedó estupefacto al verse apuntado de aquella forma.

—¡Queen! ¿Qué haces? Puede disparársete, veo que has quitado el seguro...

La joven desvió rápidamente la pistola que dejó sobre el sofá. Saltó por encima del mueble-cama y se colgó del cuello de Jay sollozando.

—¡Jay, Jay!

—Pero ¿qué ocurre? Te he dejado contenta y ahora estás hecha un amasijo de nervios.

—¡Jay, tengo miedo, mucho miedo!

—¿Por qué? ¿Ha sucedido algo para que me esperaras con la pistola por delante?

—Acaban de telefonear.

—¿Quién?

—No lo sé, es alguien que conoce nuestros nombres. Jay frunció el ceño y se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Qué quería?

—La heroína.

—¿Era la policía?

—No creo. Ha dicho que si no le entregábamos la droga nos mataría a los dos. Lo ha dicho muy convencido. Jay, estamos perdidos, ya nos han localizado.

—Diablos, sí que han ido rápido. Lo que no entiendo es cómo lo han conseguido tan pronto, claro que esos *gangsters* tienen ojos en todas partes. Hay demasiada gente que trabaja para ellos. ¡Y yo que acababa de comprar esta cartera para llevar la droga!

—Hay que entregarla cuanto antes al FBI.

—Lo que debemos hacer inmediatamente es desaparecer de esta leonera o quedaremos atrapados sin posibilidad de escape.

—Pero ellos ya saben dónde estamos y si salimos nos aborarán.

—Serán más cautos que todo eso. Trataremos de buscarlos y desaparecer. En nuestra situación, lo más peligroso es permanecer demasiadas horas en un mismo sitio.

Jay introdujo el paquete de estupefacientes en la cartera, cerrándola con cuidado.

Luego, guardó la llave.

Los dos kilos de heroína abultaban bastante por hallarse la droga en polvo. La cartera se vio llena, pero por otra parte no podía adivinarse lo que iba dentro.

—Coge lo que te sea más indispensable y vámonos.

—Me llevaré el jersey y el pantalón que me has comprado.

—Eso es fácil. Aquí tengo una bolsa deportiva.

Jay abrió la cremallera y Queen se apresuró a meter la ropa. Jay añadió una botella de *whisky*.

—Puede hacemos falta. Nunca sabemos adónde iremos a parar y quizá necesitemos un trago y también esto. —Comprobó la posición del seguro y dejó caer la «Browning» dentro del bolso—. Tú la llevarás y si por alguna circunstancia debemos separarnos recuerda

que el arma está dentro.

—Y ahora, ¿adónde iremos?

—No lo sé, cariño, lo que sí tenemos que hacer es libramos de quienes nos han localizado. Que sigan buscando. Los Ángeles es muy grande y les va a costar trabajo encontramos de nuevo.

Abandonaron la buhardilla y descendieron la escalera rápidamente.

Al llegar al portal, Jay se detuvo y empujó a Queen hacia la parte más oscura del mismo.

—Aguarda un momento aquí. Veré si hay alguien esperando.

Ella no pudo disimular su nerviosismo. Jay escrutó la calle a un lado y a otro. Al fin, dijo:

—Parece que no hay nadie. Salgamos.

Echaron a andar. Luego, doblaron por una esquina.

De súbito, Queen se percató de que unos pasos les seguían.

—Alguien va tras de nosotros —musitó.

—Sí, pero no te vuelvas; démosle confianza.

—¿Nos atacarán?

—Lo ignoro, pero procuraremos deshacernos de él antes de que eso ocurra.

Doblaron por la calle siguiente, tan solitaria como la anterior. Jay empujó a Queen, ordenándole en voz baja:

—Sigue caminando para que oiga tus pasos.

Jay se aplastó contra la pared mientras Queen, nerviosa seguía caminando marcando sonoramente con los tacones el suelo empedrado del barrio portuario de Los Ángeles.

Junto a la esquina apareció la figura de un hombre cuya muñeca fue asida por Jay en una presa de judo.

El tipo voló por el aire, dando una vuelta de campana. Luego rodó por el suelo, yendo a parar contra la pared opuesta ya que la calle era estrecha.

—¡Te falta una cosa, amigo! —Gruñó Jay.

Apenas se había puesto de rodillas, aquel tipo que les estuviera siguiendo fue alcanzado por un golpe de antebrazo y luego, dos de derecha a izquierda, que lo dejaron noqueado sobre la calle.

Jay corrió junto a Queen.

—¿Lo has matado?

—No, sólo está dormido por un rato. Lo tomarán por un

borracho, pero vayamos antes de que despierte. Éste ya no nos sigue en tiempo.

Anduvieron rápidos por entre las callejuelas hasta sumergirse en la abigarrada multitud de la avenida Slauson.

—¿Lo ves, cariño? Ya estamos libres.

—Parece todo muy fácil; pero ahora, ¿qué haremos?

—Creo que deberíamos poner tierra de por medio.

—¿Cómo?

—Saliendo de la ciudad.

—Pero, la policía... —objetó la joven mientras caminaba inquieta, mirando a un lado y a otro temiendo ser descubierta.

—Me han dicho que existe un tipo que ayuda en casos semejantes.

—¿En qué ayuda?

—A pasar el bloqueo de la policía, me refiero al control de carreteras. Una vez lejos del cordón policial, podremos pensar en entregar la droga al FBI sin problemas, mientras que aquí estamos acorralados. Corremos peligro, lo mismo si nos caza la policía que si lo hacen los *gangsters*. Carecemos de un lugar apropiado para escondernos, ya que hemos sido localizados en mi leonera, lo que en principio me parecía casi imposible.

—¿Y tú crees que conseguiremos cruzar el cinturón policial que bloquea las carreteras?

—Bueno, si pagamos bien al individuo que debe pasamos puede que sí.

—¿Tenemos dinero para pagarle?

—Tengo algunos dólares, confiemos que no pida mucho.

—Entonces, vayamos pronto.

—No podemos ir a por mi coche. Correríamos el peligro de tropezamos de nuevo con el tipo que dejamos dormido en la calle y quizá algún compañero suyo merodee por el lugar.

—¿Está muy lejos ese hombre que puede ayudarnos a cruzar el cinturón policial?

—Un poco, al este de la ciudad.

—Podríamos tomar un taxi.

—Bien, nos expondremos. —Miró buscando un coche de servicio, no tardando en hallarlo—: ¡Taxi!

—¿Adónde vamos? —preguntó el conductor tras cerrarse la

portezuela.

—A la East Station, hay un tren que no podemos perder. Habrá buena propina.

—Comprendido, iremos rápido.

El taxi rodó veloz. El chófer desvió su mirada hacia el retrovisor, fijándose en aquel rostro femenino. No sólo era agradable sino que le recordaba algo. Al fin, cambió la dirección de sus pupilas.

Sobre el asiento vacío que había junto a él aparecía una revista. En primera página, la imagen de Queen White.

Queen se sintió reconocida y dio un golpe de rodilla a Jay, avisándole de lo que ocurría. Éste comprendió y no tardó en apoyar la pistola provista de silenciador sobre la nuca del chófer, procurando que el arma no fuera vista desde el exterior.

—Ha descubierto demasiado, amigo.

—¿Yo, yo? ¡No sé nada!

—No se haga el imbécil. Con la cara de susto que pone, paga.

—No, no diré nada...

—Sería lo último que hiciera, amigo. Siga en la dirección que le he indicado y no trate de advertir a los agentes de la policía con los que seguramente nos tropezaremos por el camino.

—Sí, sí, claro que sí, no haré señal alguna, pero no me meta en líos.

—Cierre el pico y siga corriendo. Si provoca ensalada de tiros se llevará su parte.

El taxista tragó saliva ante el argot de aquel hombre de cabello negro, aire cínico, mentón agresivo y armado con una pistola.

—Tengo esposa...

—Sí, y cinco hijos, pero eso no es culpa mía —replicó Jay rápidamente sin dejarle terminar—. A la próxima vez tenga más cuidado o podrá formar un grupo de *boy-scouts*.

—No, si no tengo cinco hijos.

—Disculpe si me he excedido —replicó Jay irónico.

—Tengo seis.

—Hum, así está peor de lo que imaginaba. Si acepta un consejo...

—¿Cuál?

—Coja el turno de noche. Será menos peligroso.

La nuez, en la garganta del taxista, seguía molestándole para

tragar saliva. Cuando explicara aquello en casa no iban a creérselo, si es que vivía para contarlo.

—Ya llegamos. ¿Dónde me detengo?

—Frente a la estación, donde hay más gente, pero recuérdelo: seguiré apuntándole y como cometa una estupidez dispararé. Tengo muy buena puntería. Por otra parte, nadie se va a dar cuenta de los tiros porque llevo silenciador, de modo que su muerte habrá resultado inútil y su prole va a tener dificultades para llenar el estómago en adelante.

—Sí, sí, no diré nada, nada... El coche frenó. Jay inquirió:

—¿Cuánto le debo por la carrera?

—Nada, nada, se lo hago gratis.

—A mí no me hace nada gratis un semental como usted, amigo: Tome, diez «pavos» y quédese el cambio. Luego irá diciendo por ahí que le he robado.

Queen y Jay se apearon y el taxista puso a prueba el «reprise» del automóvil saliendo disparado.

—Ese hombre nos denunciará, Jay.

—Eso, seguro. Es como si se hubiera sentado sobre un cactus. De un momento a otro detendrá su coche y buscará a un policía como llevado por el diablo. Debemos confundirnos con la gente y salir de la estación. Es lo primero que registrarán en breves momentos, no tardarán en presentarse varios coches patrulla.

Caminaron mezclados entre la multitud. Luego, Jay hizo cruzar la calle a Queen escapando de la zona de la estación.

Apenas habían avanzado doscientas yardas cuando escucharon el ulular de las sirenas policiales.

—Vienen a por nosotros —exclamó Queen en voz, baja.

—Sí, el taxista no ha perdido el tiempo, pero no nos cazarán. Entraremos por esa bocacalle.

Desaparecieron del sector cuando varios coches-patrulla acordonaban la estación ferroviaria.

Avanzaron con rapidez por las calles hasta que Jay dirigió a Queen hacia un *snack* adjunto a una gasolinera en Olvera Street, el distrito mejicano con sus tiendas típicas llenas de colorido, sarapes y amplios sombreros aztecas.

Cruzaron la puerta. Dentro del establecimiento habían siete personas, cuatro de ellas parecían mejicanos y el propio camarero lo

era, aunque el muchacho que le ayudaba no lo parecía a juzgar por su cabello rubio.

—¿Qué van a tomar? —preguntó casi con un gruñido y un claro acento azteca mientras pasaba el trapo desganadamente sobre el trozo de mostrador en que se habían acomodado Queen y Jay.

—Yo quiero leche —dijo la joven antes de que Jay le preguntara.

—Ya ha oído, dos de leche. Ah, también quiero ver al abuelo Mason. Observándolos con curiosidad y hostilidad a un tiempo, el mozo preguntó:

—¿Al abuelo Mason, para qué?

—Para un negocio.

—¿De qué clase?

—Eso se lo contaré a él.

—Bien. ¡Jimmy!

—¿Diga, patrón?

—Sirve dos de leche. Ahora regreso.

—Sí, señor —respondió el chico también con acento azteca. Quizá era la mezcla de dos razas.

El mozo desapareció tras una cortina que no se distinguía por su falta de mugre, precisamente.

El pequeño mozo les sirvió mirando de reojo a Queen.

Ella parecía preocupada, pero al estar junto a Jay se sentía más protegida. Aquel extraño personaje de aire cínico llamado Jay la había salvado ya dos veces de situaciones delicadas, una arrancándola de las manos de los rusos y otra de los brazos de la policía.

Era un hombre dispuesto a comerse al mundo pese a su aire jovial y empleaba la dureza siempre que era necesario. Ya lo había demostrado en plena calle del barrio portuario.

No tardó en aparecer el mozo que se encaró con Jay.

—El abuelo Mason los espera —le dijo en voz baja para que los demás clientes no pudieran oírle.

—Queen, aguarda aquí, enseguida vuelvo.

La mujer asintió con la cabeza, aunque no estaba muy tranquila por quedarse a solas. Jay se llevó la cartera para no dejar la droga junto a la mujer por si ésta era atacada.

Jay fue introducido en un pequeño despacho lleno de suciedad.

Sobre las paredes desconchadas había multitud de fotografías pornográficas clavadas con chinchetas, pero las chicas no estaban nada mal.

—¿Dónde está el abuelo Mason? —inquirió Jay al no ver a nadie.

—El abuelo Mason soy yo —aclaró el mozo azteca que, visto fuera del mostrador, resultó grande y fornido.

—Bien, si es usted tratemos el negocio de una vez.

—Será si me interesa —gruñó el arisco gigantón azteca, apoyada su espalda contra una de las jambas.

Alargó su mano hasta la jamba opuesta, como cerrando la salida a Jay.

—Todo se hará sin trucos y, descuide; seré generoso pagando —advirtió Jay consiguiendo que, por primera vez, el «abuelo Mason» sonriera.

CAPÍTULO VIII

Queen White suspiró cuando Jay volvió a aparecer con rostro sonriente. Tras él iba el mozo del *snack*.

—¿Cuánto le debo?

—Cuarenta centavos por los dos —respondió el camarero.

—Tome. —Dejó un dólar y añadió—: Quédese con la vuelta.

—Gracias, señor. Me caen bien los tipos generosos. Jay tomó a Queen por el codo y dijo:

—Vamos, cariño.

Salieron del establecimiento, caminando por los lugares más solitarios para evitar que Queen fuera reconocida.

—¿Ha ido todo bien, Jay?

—Sí, cariño. Por una cantidad, ese hombre nos sacará de la ciudad salvando el cordón policial. Tiene experiencia en este tipo de trabajos. Una vez me lo recomendaron, pero hasta hoy no había tenido ocasión de emplearlo.

—¿Y cómo nos hará pasar el control policial?

—Con un camión cisterna provisto de doble fondo.

Debe prepararlo antes y para ello habrán de pasar unas cuantas horas.

—Jay, hay algo que me inquieta.

—¿El qué?

—El chico rubio del bar.

—¿Qué sucede con él?

—Cuando te has marchado ha hecho una llamada telefónica.

—¿A quién?

—Lo ignoro, no he oído nada, pero me preocupa. El la ha hecho con mucho sigilo.

—Creo, cariño que vemos fantasmas por todas partes. A cada

segundo se efectúan miles de llamadas, ése es el gran negocio de la compañía de teléfonos, y todas esas llamadas no van a referirse a nosotros.

—Está bien, Jay, es que desconfío de todo.

—Aún no nos han cogido. Lo que hemos de hacer ahora es buscar un lugar donde pasar el tiempo muerto sin que nos descubran, porque si andamos por la calle no tardarán en identificarte como lo ha hecho el taxista.

—¿Dónde podemos guareceremos?

Súbitamente, Jay chasqueó sus dedos pulgar e índice como si acabara de tener una idea luminosa.

—¡Ya está!

—¿El qué?

—¡Melany!

—¿Quién es Melany?

—Una antigua amiga. Ella puede tenernos en su apartamento hasta que sea la hora.

—¿Nos cobijará sabiendo quiénes somos? —preguntó incrédula.

—Cariño, los amigos son para las situaciones difíciles y ésta lo es.

—No cogeremos un taxi, ¿verdad?

—Desde luego, no cometeremos de nuevo esa tontería. Ahí hay un «carro» que servirá.

—¿Cuál?

—Aquel «Cadillac» blanco. Es bonito, ¿verdad?

—Diablos, Jay, nunca he viajado en «Cadillac»...

El sonrió. No tardó en franquear la portezuela y ambos se acomodaron en los mullidos asientos, alejándose rápidamente del lugar.

Melany resultó vivir en un lujoso edificio de apartamentos en el propio Sunset Street.

Jay tuvo la precaución de dejar el coche lejos del lugar para cuando lo hallara la policía y devolviera a su propietario.

El apartamento de Melany estaba en la duodécima planta. Queen se quedó junto a la pared y Jay pulsó el timbre.

La hoja de madera no tardó en abrirse. Una voz femenina soltó una exclamación, mezcla de alegría, satisfacción y algo de ronroneo felino.

—¡Jay, amor! ¡Cuánto tiempo que no pasas por aquí!

Los brazos desnudos de aquella mujer que iba envuelta en una bata de nylon se cerraron alrededor del cuello del hombre. El beso que le dio en la boca fue digno de figurar en la antología del amor.

Queen White frunció el ceño y arrugó la nariz. La fogosidad de aquella rubia norteamericana no le gustó. Quizá no le hubiera importado si al otro lado de sus labios no estuviera Jay sino otro hombre, pero era Jay y la situación cambiaba.

Queen carraspeó y la atención de la pareja se centró en ella. Pareció que a Melany le costaba abrir los ojos, pues al besar a Jay los había mantenido profundamente cerrados.

—Melany, te presento a mi amiga Queen.

—¿Queen? Mucho gusto, querida. ¿Verdad que Jay es un primor? —Le acarició la cabeza, casi jugueteando como una gata.

—Sí. Es acariciable como un perrito de lanas.

—¿Yo, un perrito? —inquirió Jay, carraspeando.

—Creo, querida, que tu cara la tengo vista y la verdad es que no sé de dónde, no acabo de recordar.

—Melany —dijo Jay empujándola hacia el interior del apartamento y haciendo que Queen les siguiera—. Necesitamos tu nido unas cuantas horas.

—Jay, amor, no creí que te atrevieras a tanto. Pedirme mi apartamento para... El le tapó la boca casi en juego.

—No te precipites, Melany. Yo no me quedaré con ella aquí.

—¿Entonces?

La propia Queen aclaró:

—Lo que Jay quiere es que nos deje pasar unas cuantas horas aquí antes de tomar el autobús que sale de la ciudad en dirección a San Francisco.

—Sí, eso es.

—¿No me pedís que os deje solos?

—No, Melany. Tú puedes quedarte aquí haciendo compañía a Queen. Yo tengo que ir a buscar dinero para los billetes, ¿verdad, Queen? El abuelo Mason pide una cantidad por los pasajes y yo tengo que reuniría.

—Sí, claro. Creo que tu amiga Melany y yo nos entenderemos bien. Mientras, podrá ir contándome historias.

—¿Historias? —repitió Melany—. ¿Sobre qué, querida?

—Sobre Jay, por ejemplo. A lo mejor es muy divertido lo que puedas explicarme de él.

—Oh, sí, claro que sí, no faltaría más. Te vas a divertir horrores. ¿Te acuerdas, querido, aquel día que los pantalones...?

—Yo me marchó, abur —dijo Jay rápidamente, alejándose hacia la puerta—. Quizá tarde algo en regresar. Tú, Queen, no salgas del apartamento y tú, Melany, tampoco. Cuídala, está algo nerviosa.

—¡Adiósooooos! —saludó con la mano Melany. Y se dejó caer en el sofá junto a Queen, dispuesta a contarle sus secretos.

* * *

Arch S. Donaldson se apartó del plano de la ciudad de Los Ángeles que pendía de la pared, un plano secreto que luego era cubierto por otro para que nadie pudiera verlo.

En aquel mapa estaban señalados todos los puestos controlados por sus colaboradores, lugares para la distribución de drogas, cuyo tronco principal se hallaba en el edificio del Donald South Bank.

En aquel plano, que ni sus más íntimos colaboradores conocían, aparecía también un camino subterráneo que iba a desembocar en un colector general a través del cual penetraban los empleados que tenía para la manipulación, transformación y adulteración de los narcóticos. Químicos expertos a los que él pagaba muy bien y que dejaban la droga preparada en bolsas, cigarrillos, caramelos y ampollitas.

Estos científicos ni siquiera sabían dónde estaba ubicado el laboratorio, pues el conducto que unía el subterráneo del Banco con el colector era un verdadero laberinto y no era sencillo orientarse en él.

Debían seguir la dirección que marcaban las luces que se iban encendiendo si llevaban en su bolsillo el distintivo electrónico que les abría paso. Por otra parte, no les era permitido pasar nada metálico encima, ya que unos controles electromagnéticos lo detectaban y daban la voz de alarma. De este modo, no era fácil entrar en el pasadizo con una brújula para orientarse y acabar fijando el lugar exacto de ubicación del laboratorio.

En el mapa aparecían las raíces de un poderoso árbol o los tentáculos de un cefalópodo cuyo cerebro era el propio Arh

Donaldson, un cerebro que lo controlaba todo. No se fiaba de nadie.

Al apartarse para dirigirse a su mesa, requerido por el timbre del teléfono directo que sólo sus colaboradores más íntimos conocían, el plano quedó cubierto automáticamente por otro.

—¿Diga?

—¿Donaldson? Soy Japherty.

—¿Hay noticias? —preguntó directamente.

—Sí.

—Magnífico. Me gusta cuando se trabaja rápido. ¿La policía sabe algo?

—Un taxista los ha llevado a la estación del Este. Ha dado el aviso a la policía después y la estación se ha llenado de agentes de la Metropolitana. Creo que luego han acudido los del FBI.

—Pero ¿los han cazado?

—No.

—Menos mal. Hay más noticias, ¿verdad?

—Sí, de lo contrario no hubiera llamado.

—Bien, bien; sé que trabajas con eficiencia. Sigue, estoy ansioso por saber algo más.

—Han estado en el *snack*-gasolinera del abuelo Mason.

—Vaya, ¿tratan de abandonar la ciudad?

—Eso parece. El mozo del *snack* ha dado el aviso por teléfono al reconocer a la chica.

—¿El abuelo Mason no ha comunicado nada?

—No.

—Vaya, parece que quiere trabajar por su cuenta.

—Sí. Quizá el tal Jay le paga muy bien.

—En ese caso, el abuelo Mason no sabrá que el mozo ha dado el aviso, ¿verdad?

—Suponemos que no. Ah, antes de que se me olvide. El hombre llevaba una cartera abultada y ella una bolsa deportiva también llena.

—En una de las dos debe estar la heroína.

—Es lo que creemos.

—Hay que ponerse manos a la obra. Yo daré el aviso a los demás. Tú encárgate de hacer una visita al abuelo Mason.

—Comprendido —rió levemente Japherty al otro lado del hilo.

—Entérate de los planes que tiene y luego los cambiamos a

nuestro gusto.

—De acuerdo, Donaldson. ¿Algo más?

—No, Japherty, sólo felicitarte. Estás haciendo un trabajo excelente.

—Gracias, Donaldson. Cuando me haya puesto de acuerdo con el abuelo Mason volveré a llamar.

Al otro lado de la línea, Japherty colgó y salió de la cabina pública para dirigirse a un lujoso automóvil negro en cuyo interior aguardaban un chófer y tres de sus hombres.

—A la gasolinera del abuelo Mason.

El chófer asintió con la cabeza y el automóvil rodó veloz hacia la dirección indicada. Cuando el hombre del *snack*-gasolinera, que para según qué trabajos y entre la gente del hampa se hacía llamar «abuelo Mason» como contraseña de identificación, vio entrar al sonriente Japherty, palideció primero y luego se esforzó por sonreír.

—Hola, muchachos. ¿Quieren un trago? Es gratis, paga la casa.

—Adentro, abuelo Mason.

—¿Adentro? ¿Hay algún negocio que tratar?

—Tú sabes que sí. Ah, que no se te ocurra hacer ninguna tontería. Afuera vigila más gente.

El muchacho rubio desvió la mirada, temiendo que su nerviosismo le delatara ante su patrón.

—No sé qué asunto os traéis —rió—. Sabéis que en este *snack* se distribuye bien la mercancía y se paga con puntualidad.

—Sí, sí, ya lo sabemos, pero adentro; hay que hablar con más tranquilidad de un asunto que nos interesa a todos.

—Como queráis.

El abuelo Mason comenzó a sudar mientras caminaba. Al entrar en su pequeño despacho, obscuro por las fotografías pegadas en la pared, antes de que pudiera objetar nada, fue sujetado por los brazos por los dos acompañantes de Japherty, mientras éste lo golpeaba con sus puños en el hígado, vientre y estómago.

—¡Aggg! —rugió de dolor. Entrecortadamente suplicó—: No me toquéis el estómago, tengo úlcera. Me duele, me duele mucho...

—¿Y por qué crees que te pego, abuelo Mason? Para que te duela.

Una nueva serie de puñetazos doblaron las rodillas del azteca y pusieron sus ojos en blanco.

Japherty hizo una seña con la mano y sus hombres soltaron la presa. Pese a su gran tamaño, a su apariencia de fiera, el mejicano se derrumbó como un saco.

—Creo que ahora estarás en mejores condiciones para charlar, abuelo Mason.

—No sé, no sé...

—Sí sabes. Hay una pareja que quiere filtrarse por el cordón policial.

—Ah, sí, sí —asintió medio incorporado pero aun sentado en el suelo. Se oprimió el estómago con los brazos, conteniendo el dolor.

—Será bueno para tu úlcera que comiences a recordar, abuelo Mason.

—Yo ignoraba que no pudiera hacer este trabajo por mi cuenta...

—Pues ahora ya lo sabes. Dime cuánto te pagaban por sacarlos de la ciudad.

—Veinte de los grandes.

—Ahora comprendo tu solicitud con ellos. ¿Cómo es ese tipo, abuelo Mason?

—Alto, cabello negro, agresivo, con rostro algo cínico. Un tipo que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

—¿Extranjero?

—No, no tiene acento; ella quizá sí.

—¿Los habías visto alguna otra vez?

—No, juro que no.

—De acuerdo, abuelo Mason. En adelante, el trabajo lo controlaremos nosotros. Por supuesto si el trabajo sale bien, tú saldrás altamente beneficiado.

—¿Con los veinte grandes?

—No —rió Japherty—, conservando tu pellejo en circulación, abuelo Mason.

CAPÍTULO IX

Queen White miró recelosa hacia la puerta tras haber escuchado el timbre, que sonó musical.

—No te preocupes, debe ser Jay —dijo Melany dirigiéndose a la entrada.

Sin embargo, Queen mantuvo la mano cerca de la bolsa deportiva. Dentro de ella estaba la Browning que le entregara Jay y si hacía falta la emplearía.

Abrió la cremallera y rebuscó entre las ropas hasta notar el contacto frío del arma. La asió con fuerza, pero sin sacarla de la bolsa.

—Jay, cariño. Han pasado varias horas, está anocheciendo.

—No he podido regresar antes —dijo Jay adentrándose en el apartamento. Queen suspiró. Soltó la pistola y se puso en pie.

—Creí que ya no volverías —dijo algo fría.

Jay se le acercó y en presencia de Melany la besó en la boca. Cuando el hombre la besaba, Queen sentía evaporarse su fuerza y, por otra parte, pensó que aquella caricia reventaría a Melany. Dejó que Jay se saciara en sus labios.

—Caramba, caramba, no te estás de nada, Queen. La aludida sonrió. Fue el hombre quien dijo:

—Ya he reunido lo necesario.

—¿Ha sido difícil? —inquirió Queen.

—Pues sí, algo complicado, pero ya está todo listo. Ahora, vámonos. El abuelo Mason nos aguarda.

—Entonces, no perdamos tiempo. Melany ha sido una compañera estupenda, pero en Los Ángeles me siento como en una ratonera.

—Te comprendo. —Se aproximó a Melany y la pellizcó

cariñosamente en la mejilla—. Gracias por habérmela cuidado; Queen es un tesoro.

—Sí, ya lo sé —asintió la rubia—. Le he contado muchas cosas sobre ti.

—Espero que no me hayas dejado demasiado en ridículo.

Cogió a Queen por el brazo y ambos, cargados con la cartera y la bolsa deportiva, respectivamente, abandonaron el apartamento de Melany despidiéndose de ésta.

Las luces de flúor de las altas farolas se habían encendido adelantándose a la noche, aunque no tardaría en oscurecer totalmente. La ciudad comenzaba ya a brillar con su policromía lumínica, en especial la importante Sunset Street.

Hollywood no quedaba lejos y allí también estarían aumentando de poder los grandes focos que cegaban a los actores y actrices, haciéndoles sudar copiosamente por el fuerte calor que producían.

—Tengo un coche ahí cerca.

—No será el «Cadillac», ¿verdad?

—No, es un «Mercury», y es mío.

—Vaya, al fin no va a remorderme la conciencia.

El auto rodó rápido en dirección a Olvera Street, deteniéndose ante el *snack*-gasolinera, precisamente cuando una ambulancia se alejaba ululando su sirena. En la puerta había un rótulo colgado que podía leerse a distancia:

—«Cerrado» —leyó Queen. Jay frunció el ceño.

—¿Qué habrá ocurrido?

—Creo que esa ambulancia es un mal augurio. Deberíamos alejarnos de aquí.

—No, cariño. Tú quédate en el coche, pero con el motor en marcha. Si tienes que huir, hazlo rápido.

—¿Y adónde iría?

—A la leonera que ya conoces.

—Pero aquel lugar ya lo han localizado.

—Descuida, no volverán por allá, pensando que nosotros ya hemos abandonado el lugar.

—De acuerdo, haré lo que digas.

Jay, siempre llevando la abultada cartera, abandonó el «Mercury», dejando a la mujer en él. Llamó a la cerrada puerta del *snack*.

A través del cristal no tardó en perfilarse la figura alta y corpulenta del mejicano que se hacía llamar abuelo Mason, El hombre le sonrió levemente.

—Hola, amigo. Creí que iba a retrasarse. Jay inquirió con rapidez:

—¿Qué ha ocurrido con esa ambulancia que acaba de alejarse?

El azteca sonrió más abiertamente, como si le complaciera dar aquella respuesta:

—Nada, que se llevan al chico.

—¿Qué chico?

—El mozo rubio que estaba esta mañana aquí. Ustedes lo habrán visto.

—Sí, ya recuerdo. ¿Qué ha sucedido con él?

—Nada, que el pobre se ha cascado la cabeza.

—¿Cómo?

Sin darle importancia, explicó:

—Le ha caído encima una caja de cervezas cuando buscaba una moneda que estaba en el suelo. Va se sabe, a esa edad no se tiene el cráneo muy duro.

—¿Ha muerto?

—No, todavía no, pero no me extrañaría que me notificaran su muerte. Después de todo, el chico no valía mucho.

A Jay le sublevó la forma de hablar de aquel tipo sin escrúpulos y hubiera jurado que quien le había roto la cabeza al chico no era otro que un tipo que se hacía llamar abuelo Mason.

—¿Cómo está nuestro negocio?

—Ah, muy bien. Ya veo que la mujer está en el coche. Mejor será que pasemos adentro.

—¿Está el camión preparado?

—Sí. Supongo que a estas horas la policía enfocará sus linternas a todos los que salen de la ciudad por las autopistas. Es un trabajo peligroso.

—Vamos, no de rodeos. El asunto no le interesa, abuelo Mason. Sólo tiene que llevamos y cuanto menos sepa del caso, mejor.

—Sí, eso es; cuanto menos sepa mejor.

Jay hizo una señal con la mano a Queen y ésta detuvo el motor. Se apeó del auto, aproximándose a los hombres.

—Sígueme. Dentro de poco tiempo estarán libres de la policía.

—Y cobrará su parte, abuelo Mason —añadió Jay.

A través del *snack*, los condujo a un garaje cerrado ubicado en la parte posterior. En el mismo había un camión cisterna para el transporte de leche.

—¿Viajaremos allí dentro? —preguntó Queen señalándolo con el índice.

—Sí. El tanque general está dividido en tres depósitos —aclaró el fornido mejicano—. El del centro está vacío y tiene una compuerta en la parte inferior. Ya está abierta, sólo tienen que introducirse. Es un poco incómodo, pero una vez dentro estarán bien. He preparado unos almohadones para que no tengan problemas.

—¿Y luz?

—Hay una bombilla, yo se la encenderé desde la cabina, pero cerraré por fuera; no podrán salir hasta que les abra.

Aquello no agradó a Jay, mas tuvo que resignarse. Era lógico que las tuercas para cerrar aquella escotilla camuflada estuvieran en la parte exterior.

—Encienda la luz —pidió Jay.

—En seguida.

El tanque vacío se iluminó. Jay ayudó a Queen a introducirse en el depósito y él la siguió.

—Bien, esto parece saludable. ¿Habrá aire para respirar?

—Sí, el tubo de seguridad de presión que está en lo alto les proporcionará aire. No se preocupen, sólo pasarán un poco de calor.

—De acuerdo, ya puede cerrar.

El mejicano encajó la escotilla mientras Queen y Jay quedaban sentados sobre sus respectivos almohadones.

El camión, tras vibrar, se puso en marcha. La joven miró a Jay intensamente, preguntando después:

—¿Nos podemos fiar del mejicano?

—Lo ignoro, cariño. Sé que estamos a su merced y que si nos quiere jugar una mala pasada puede hacerlo. No me gusta estar aquí dentro, es como una celda sin escapatoria posible.

Se produjo un silencio tenso en el interior del tanque. El camión arrancó y se detuvo muchas veces. Los semáforos de la circulación, pensó Jay.

—¿Nos puede descubrir la policía aquí? —preguntó Queen de

súbito, preocupada.

—No creo. Lo malo de este viaje es que comienza a hacer mucho calor aquí, pese a ser de noche.

—Sí, el mejicano ha dicho que tendríamos aire para respirar, pero éste es escaso.

—Demasiado y el agua se condensa. Ya se me está pegando la camisa —comentó Jay molesto.

Los rostros de ambos se perlaron de sudor mientras el viaje proseguía sin dificultades. Allí estaban completamente aislados del exterior. Aunque hubieran tenido un aparato de radio, por estar encerrados en el tanque de acero, nada habrían oído.

El camión se inclinó mucho hacia delante, de tal modo que Queen y Jay tuvieron que agarrarse mutuamente para no ir contra la pared frontal de acero que les separaba del primer tanque.

—¿Adónde iremos ahora?

—No lo sé, Queen. No conozco ninguna carretera que tenga una pendiente tan pronunciada. Parece que estamos girando en círculo, mejor diría en espiral.

Al fin, el camión cisterna se detuvo. El ruido de la portezuela al abrirse llegó claramente hasta ellos. Poco después, la escotilla cedió bajo ellos.

—Ya pueden bajar. Hemos cruzado el puesto policial sin dificultades y en este garaje estamos seguros.

Dejaron de ver el rostro que había asomado por la escotilla y Jay descendió primero, llevando en una mano la cartera y en la otra su pistola, por si hacía falta.

Al salir del tanque, Jay se halló con la desagradable sorpresa de ver algo más de media docena de hombres, bien distribuidos y todos armados excepto uno que lo miraba burlonamente. Cerca de éste se hallaba el mejicano.

—Será mejor que arroje su arma, Jay.

—¿Y si no lo hago? Hay siete balas en la petaca de mi cargador. El tipo, que precisamente no estaba armado, silabeó:

—Sería una lástima. Lo mataríamos igualmente y luego la chica sería encerrada en el tanque, que llenaríamos de leche. Un baño que la ahogaría lentamente, porque no dejaríamos que el depósito se llenara del todo.

—Jay, ¿qué ocurre? —preguntó Queen.

—Ya lo oye, la chica le llama. Jay miró al mejicano y escupió:

—Es un sucio traidor, abuelo Mason.

El mejicano prefirió no decir nada, resultaba menos peligroso.

—¡Jay! ¿Qué sucede?

Jay tiró su arma al suelo y dijo:

—Nada, cariño. Yo te ayudaré a bajar.

Mientras ayudaba a la muchacha, uno de los hombres que allí estaban, todos vestidos con mucha elegancia, se apoderó del arma de Jay.

—¡Jay! ¿Quiénes son estos hombres? —inquirió Queen asustada al verse encañonados por las pistolas de aquellos desconocidos.

—Lo ignoro, cariño. Aún no se han presentado.

—Parece usted un tipo interesante, Jay —dijo el que iba desarmado—. No pierde su humor ni frente al peligro.

—Nunca se está muerto hasta que se deja de respirar. Siempre hay posibilidades de sobrevivir.

—¿De veras cree eso? —inquirió divertido otro del grupo.

—Señor Jay, está delante de quienes controlan los narcóticos en Los Ángeles y no nos gustan los entrometidos.

—No sabía que existiera monopolio —repuso irónico.

—Pues lo hay y lo dirige Arch S. Donaldson —dijo con jactancia.

—Que es usted.

—¿Cómo lo ha adivinado, Jay?

—Por el orgullo con que lo ha dicho.

—Sigue pareciéndome demasiado listo. Lástima que el destino nos haya enfrentado. Podríamos haber colaborado juntos.

—Aún podemos.

—No, amigo Jay, ya no. Nunca me fiaría de usted. Demasiado listo; a mí me agrada tener la espalda siempre cubierta.

—¿Eso quiere decir que los demás son idiotas? —preguntó refiriéndose a los demás. Aquella insinuación irritó a los *gangsters*.

—Yo le bajaré su sangre fría —masculló el cínico «Kaly» adelantándose.

Al reparar en el rostro del verdugo, aquel rostro que en parte se ocultaba bajo las gafas grandes y oscuras, Queen no pudo por menos que estremecerse.

—Japherty, aligéralos del peso que llevan.

—O. K., Donaldson.

Mientras Japherty se apoderaba de la bolsa de Queen y el maletín del hombre, el mejicano dijo nervioso:

—Bueno, yo ya he terminado mi parte. Quiero mi paga y me largo.

—Oh, sí, tu paga...

Arch Donaldson tomó la pistola de uno de sus hombres y apuntó al mejicano. Éste palideció.

—No, no..., no irá a disparar...

—El abuelo Mason tiene afición a trabajar por su cuenta y eso no le gusta a Arch S. Donaldson. No tolero los tipos con ambiciones propias. Buen viaje al otro mundo, abuelo Mason.

Jaló el gatillo y Mason encajó una bala en el estómago. Gruñó de dolor y se dobló cayendo al suelo, mas su naturaleza robusta, pese a la úlcera de estómago, le hizo resistir breves instantes antes de expirar.

—¡Asesino!

—Te has ganado el plomo a pulso, abuelo Mason —sonrió Arch devolviendo la pistola a su propietario, que no era otro que Lowell—. Ahora puede que tu muchacho, el pequeño mozo que nos ha dado el aviso, lleve tu *snack*. Nosotros lo promocionaremos. Seguro que el negocio marchará mejor.

—Ya no —jadeó mirando con odio a su asesino—, ya no. A Joe le he partido la cabeza por dar el soplo.

Dicho esto, terminó de doblarse. No había tocado aun el suelo con su rostro cuando Arch, molesto por lo que había hecho el mejicano, le propinó un puntapié que lo tumbó hacia atrás, quedando al fin muerto boca arriba.

—Basura, nada más que basura... —Miró a sus hombres y ordenó—: Buscaréis un colector y lo arrojaréis allí.

—Bueno, si se queda nuestra heroína puede dejarnos escapar, ¿no? —propuso Jay tratando de dominar la situación de un modo más o menos amigable.

Donaldson no respondió directamente, sino que ordenó:

—Japherty, registra las bolsas.

El interpelado rebuscó primero en la bolsa deportiva. Sacó la «Browning», mostrándola a su jefe y compañeros.

—Hum, la chica también gusta de armarse.

—Son una pareja muy original. Unos solitarios.

—Sí, el negocio resulta más productivo —arguyó Jay—. Así, los beneficios se los reparten menos.

—Esta nueva versión de Bonnie and Clyde no les ha salido bien —se burló Donaldson sarcástico.

Japherty abrió después la cartera, sacando los dos paquetes.

—¡Aquí está lo que buscamos! Arch se acercó, ordenando:

—Ábrelo. —Se encaró con Jay y añadió—: Esta vez creo que el negocio lo haremos nosotros. Luego, ya me contará cómo ha obtenido tanta heroína. Me agrada saber quién es su suministrador y los métodos que emplea.

—¿Está seguro de que voy a decírselo?

—Por supuesto —dijo Arch suficiente—. Tengo muchos medios para tirar de la lengua.

—Miró a la hermosa Queen significativamente. —Ella nos ayudará.

—Ya está abierto, Donaldson —indicó Japherty.

—A ver qué tal es...

Donaldson hundió el dedo en el polvo blanco. Se llevó una parte del elemento orgánico a la lengua y lo saboreó. Puso una cara muy rara. Observó malignamente al tranquilo Jay y, sin apartar la mirada de éste, gruñó:

—Esto no parece heroína. ¡Sammy!

—¿Qué, jefe? —Se adelantó el mulato.

—Tú eres mi experto en narcóticos. Rápido, ¿qué es esto?

Ante la expectación de todos, el mulato hundió su dedo en el paquete. Sacó una pequeña porción, que puso en la punta de su lengua como hiciera Donaldson. Tras saborearlo durante unos instantes y, ante el nerviosismo de todos, dijo al fin:

—Esto no es heroína.

—¡Ya lo sé, imbécil! —Gruñó Arch alterado, temiendo ser objeto de una burla—. ¡Quiero saber qué es!

—Leche en polvo.

Queen miró a Jay y parpadeó. Por su parte, Jay carraspeó esperando que de un instante a otro Arch S. Donaldson rugiera hecho una fiera.

—¡Comprueba el otro paquete!

El mulato obedeció y volvió a aseverar:

—Leche en polvo.

Arch, rojo de ira, comenzó a caminar lentamente hacia Jay. Sus puños estaban prietos, su mirada era asesina.

CAPÍTULO X

—¿Es que has tratado de burlarte de mí? Jay denegó con la cabeza.

—No. Yo ignoraba que Arch S. Donaldson entraría en el negocio.

—¡Imbécil! —increpó descargando su puño cerrado contra el joven.

Arch tuvo mala suerte. No halló la cabeza de Jay y en cambio su estómago tuvo que encajar un demoledor puñetazo que Jay le lanzó. Luego, otro en pleno rostro lo hizo rodar por el suelo como un muñeco.

Uno de los hombres saltó junto a Queen y le apuntó al cuello con su arma mientras otros tres sujetaban los brazos de Jay. Uno de ellos le golpeó tan duramente que lo dejaron tumbado en el suelo mientras Queen gritaba:

—¡Asesinos!

—¡Cierra la boca a esa estúpida, no quiero oírla! —chilló Arch ya incorporado y manándole sangre por la nariz.

Dos violentas bofetadas silenciaron a Queen, que fue a parar de espaldas contra el camión cisterna.

Sammy Stevens miró la cartera con los dos paquetes y dijo:

—Será mejor que se le haga un análisis perfecto puede haber parte de droga mezclada. Es posible que el alijo no sea tan importante como nosotros creímos y como la misma policía pensó.

Stanley añadió:

—Es cierto, la policía no tuvo tiempo de analizarlo.

—Bien, Sammy, guarda de nuevo los paquetes en la cartera. Ahora, despertad a ese matón llamado Jay.

El pequeño pero fornido Stanley cogió una de las mangueras para duchar coches. Dándole al grifo, apuntó al rostro del caído Jay, que había recibido duro.

Queen White se indignó al ver cómo el chorro golpeaba violentamente la cabeza de Jay, mas nada podía hacer.

Jay despertó y trató de escapar al agua sentándose en el suelo y protegiéndose con los brazos.

—¡Basta, Stanley!

Jay se frotó los ojos. Estaba totalmente empapado.

—Creo que la ducha me ha ido bien. Me siento más despejado.

—No pierde el buen humor en ningún momento, ¿eh, Jay? —le dijo Arch a su lado pero a prudente distancia; temía recibir de nuevo los saludos del contundente y expresivo Jay.

—De nada sirve perderlo y eso sería un buen consejo si lo aceptara, Donaldson.

—A mí nadie me da consejos, ni mi psiquiatra.

—De acuerdo, ¿qué más? —preguntó poniéndose en pie, humillando al banquero con su estatura y condición atlética.

—¿Dónde está la heroína?

—No pensará que iba a llevarla conmigo poniéndome en manos del abuelo Mason, ¿verdad?

—¿Quieres decir que no te fiabas de él?

—Exacto, podía metemos en una trampa, como ha hecho.

—Eso quiere decir que guardas la droga en otra parte.

—Desde luego.

—Pues vas a decirnos dónde.

—Si me la compran por dos millones de dólares...

—No estamos haciendo chistes, Jay. Nos darás la droga, y muy sumisamente.

—¿De veras?

—¡Stanley, la chica!

El fornido Stanley se aproximó a Queen. La asió de una muñeca y se la retorció hasta hacer arquear el cuerpo femenino hacia atrás.

—Cuando diga, empiezo a partir el primer hueso, jefe.

—Ya has oído, Jay. Stanley está ansioso por comenzar a partir huesos. Es una lástima, porque la chica es muy guapa.

—Basta, me han convencido.

El chasqueo de los dedos de Arch fue la orden para que Stanley soltara a la joven, que no había suplicado, pese a estar a punto de ser quebrada su bella anatomía.

—Como astuto que eres, debes reconocer cuando se pierde, y

esta vez has perdido.

—Bien, bien; nosotros iremos a por la droga y...

—¿Habéis oído, muchachos? ¡Nos está tomando por tontos! Todos rieron como respuesta a las palabras de Donaldson.

—Está bien, ya que no se fían... La heroína está oculta en la buhardilla del barrio portuario. La dejé allí en espera de regresar a Los Ángeles en una ocasión más propicia.

—Ya, cuando la policía estuviera más sosegada, porque ahora os buscan como verdaderos sabuesos. —Hizo una breve pausa y agregó imperioso—: Vamos, la dirección de esa buhardilla.

—Pero... —Trató de protestar Queen. Jay acalló la voz femenina, objetando:

—No hace falta que digas nada.

—¿Qué iba a decir ella? —inquirió Arch frunciendo el ceño.

—Sólo, que si van sus muchachos volarán en pedazos.

—¿Por qué?

—Yo también sé protegerme. Como comprenderán, si pensaba permanecer ausente de Los Ángeles, no iba a dejar la droga a merced de cualquier intruso.

—¿Hay una trampa preparada?

—Sí, dos kilos de carga plástica como regalo para el que meta las narices donde no le importa.

—No es necesario que te repita que te conviene hablar, ¿verdad?

—Sí, ya estoy convencido y quiero hacerlo porque, después de todo, si sus muchachos vuelan en pedazos al querer apoderarse de la heroína, luego nos harían pedazos aquí, ¿me equivoco?

—No. Después de todo, si el asunto sale bien, quizá hasta piense en dejaros con vida.

—¿A los dos? —preguntó Jay.

—Todo es posible. Primero quiero la mercancía.

—De acuerdo, pero sólo Queen puede ir a recogerla.

—¿Por qué ella?

—El aparato electrónico que regula la carga plástica tiene controlada la voz de Queen y sólo hablando ella el mecanismo no se dispara.

—Ya, un mecanismo electrónico que funciona por los tonos de voz.

—Exacto.

—Debe ser muy sensible —suspiró—. Bien, vosotros, Stanley y Japherty, ya que el puerto es tu zona, os lleváis a la chica y luego regresáis con la mercancía.

—¡Jay! —llamó ella.

—Vamos, Queen, no temas por mí. No me sacarán el hígado si todo sale bien. Llévalos a la leonera, ellos ya encontrarán la droga. Después de todo, como ha dicho nuestro anfitrión, hay que saber perder, y esta vez hemos perdido.

Queen creyó descubrir un doble sentido en las palabras de Jay y obedeció introduciéndose en un coche cuya portezuela le abrió Stanley.

Japherty se sentó al volante y el oscuro automóvil comenzó a ascender la rampa en espiral, alejándose de aquel escenario donde va se había cometido un crimen.

La puerta del garaje particular se abrió automáticamente con una señal lanzada por ondas a través del automóvil, sin siquiera haberse detenido.

Una vez en la calle, la gran plancha de acero volvió a bajar dejando bien cerrado el *parking* subterráneo.

Queen, por el cristal posterior, pudo leer claramente: «DONALD SOUTH BANK, *parking* particular».

—Tú vas a ser nuestra guía, preciosa —dijo Japherty—, y procura que todo salga bien.

Tu amigo está en manos del jefe.

Queen no recordaba exactamente el lugar en que se hallaba lo que Jay llamaba la leonera, pero al fin pudo orientarles. Stanley llevaba la llave de la misma.

La calle aparecía solitaria, oscura. Penetraron en el portal y subieron rápidamente las escaleras.

—Es en la buhardilla —indicó Queen.

Stanley hizo girar la llave en la cerradura. Franqueó la puerta y empujó a la mujer hacia dentro.

—Recuerda lo del aparatito que mueve la carga de plástico —gruñó Japherty.

Queen, que no sabía nada de todo aquello, penetró en el apartamento. De súbito, se encendió la luz y pudo ver muchos rostros desconocidos para ella. Todos estaban armados y sólo identificó a uno de ellos: era el capitán Sharper. Luego, habían

varios agentes y hombres vestidos de paisano.

—¿Qué significa esto? —balbució Stanley sintiéndose atrapado.

—Suelten las armas. Detrás hay más hombres armados.

—¡Maldita jugarreta! —masculló Japherty.

—¡Te acordarás de esto, muñeca! —advirtió Stanley.

—No se acordará de nada, porque ustedes ya han terminado.

—¿Bajo qué acusación? —inquirió Japherty.

—Tráfico de drogas —aclaró el capitán Sharper.

—¡Eso no es de su jurisdicción, conozco las leyes y quiero mi abogado! Sharper sonrió sarcástico.

—Es cierto, no es de mi jurisdicción. Yo sólo colaboro con el inspector Irfee, del departamento federal de estupefacientes —señaló a uno de los hombres que vestían de paisano—, y también con el inspector Arnold, del departamento federal de inmigración.

Queen palideció. Todo estaba perdido para ella... Iba de un lío a otro y parecía que esta vez era el definitivo. Se armó de valor y dijo:

—Yo no me llamo Queen White, sino Zara Slovezna y soy de Albania. Hagan conmigo lo que quieran, pero salven a Jay, aunque hayan de meterlo en la cárcel de por vida. Es preferible eso a que lo maten.

Los dos inspectores federales y el capitán Sharper se miraron entre sí. Luego Irfee, del departamento de estupefacientes, ordenó:

—Llévense a esos dos hombres a Jefatura, allí los recogerán nuestros hombres del FBI. Ha sido una magnífica colaboración por su parte, capitán Sharper.

—Aún no he terminado, inspectores. Pienso ayudarles hasta el final.

—De acuerdo. Hay que borrar todo lo que la Prensa ha dicho estos días de ustedes y reivindicarlos. —El inspector Irfee, un hombre de unos cuarenta y cinco años, se encaró con Queen y añadió—: Sabemos cómo se llama usted, lo sabemos todo, pero no tema por el agente Emerson.

—¿El agente Emerson? —repitió Queen desconcertada cuando ya Stanley y Japherty eran sacados de allí, esposados y estrechamente custodiados.

El federal del departamento de inmigración aclaró:

—El agente Emerson es el hombre que usted conoce por Jay. Jay

es su verdadero nombre y Emerson su apellido.

—¡No! —exclamó queriendo que la tierra se la tragara. El inspector Irfee añadió:

—Jay Emerson promete mucho. Tiene una forma muy particular de trabajar y pese a ser su primer caso, lo está llevando espléndidamente.

—Entonces, ¿todo..., todo ha sido mentira?

—La verdad es que se temía que hubieran agentes sobornados. No había forma de atrapar al dirigente de los narcóticos en Los Ángeles.

—¿Arch S. Donaldson?

—En efecto, veo que ya lo conoce —asintió Irfee.

—Pero si Jay está investigando el caso de Donaldson, ¿qué hago yo en todo esto?

—Bueno —arguyó el inspector de inmigración tratando de disculparse ligeramente—. Jay Emerson pensó un plan para destruir a Donaldson, cosa que no habían logrado los veteranos. Emerson salió de la última hornada de la academia de Quántico y con el número uno. Tenía derecho a ser tratado con cierta libertad en el primer caso que se le encargaba.

—Sigo sin comprender mi actuación. Irfee continuó explicando:

—La superioridad aceptó el plan de Jay con reservas, era demasiado expuesto. Consistía en provocar a Donaldson para que saliera de su madriguera y cometiera un tropiezo. Era la única forma de llevarle a una corte, ya que siempre ha sabido protegerse con abogados y coartadas.

—Pero yo...

El federal de inmigración sonrió.

—La señorita Zara quiere saber sobre su parte en el plan, que consistía en provocar a Donaldson como ha indicado mi compañero. Había que hacerlo sin que Donaldson sospechara, sin que albergara ninguna suspicacia y rehuyera la leonera que el agente Emerson le había preparado. Para eso, debía buscar a alguien totalmente desconocido. Jay no se arredró y pidió ayuda al departamento de inmigración.

—¿Ustedes sabían que yo...?

—Sí, que era albanesa y que estaba clandestinamente en los Estados Unidos. Aunque usted lo ignorara, estaba controlada, pero

queríamos saber cuál era la actitud rusa al respecto, para no crear un conflicto internacional.

—Pero los rusos intentaron repatriarme...

—Sí. Nuestro departamento, que está alerta de todo, pues poseemos hombres muy expertos, averiguaron por métodos que no podemos revelar, por ser altamente secretos, que usted iba a ser repatriada.

—No me diga que también sabían cómo...

—Por supuesto —asintió el federal de inmigración—. Conocíamos bien al comisario Kanev. Sabíamos de su hidroavión y no hicimos nada por destruirlo.

—¿Por qué?

—Porque vale más conocer al enemigo que desconocerlo. Si destruimos su base, podría haberla ubicado en otro lugar y siempre es laborioso para nosotros investigar. Por supuesto, esta vez estaba justificada la intervención del agente Emerson. Entre una lista de nombres que le dimos, la escogió a usted como colaboradora.

—Dirá como cebo —protestó la joven sintiéndose burlada.

—No, realmente el cebo era él. Usted era la pista para llevar a Donaldson hacia su persona.

—Yo pude colaborar perfectamente con él, además me gustó hacerlo, pero me parece imposible que todo estuviera controlado.

—Si se refiere a la intervención de mis agentes cuando usted fue detenida, así es —respondió Sharper.

—¿Y sus amenazas?

—También.

—¿Y el rescate, cuando se vistió de policía?

—También —volvió a afirmar Sharper orgulloso de poder colaborar con los federales en aquel complicado caso.

—Pero ¿cómo puede ser que un agente robara coches?

—El agente Emerson no robó ningún coche. Todos los autos utilizados pertenecían al FBI.

—Ya, sólo era para enredarme.

—Sí. Convenía que usted no supiera nada de lo que sucedía. Había que engañar al receloso y astuto Donaldson. Así, si la prendían a usted, no podía decir nada, sólo que Jay era un simpático sinvergüenza.

—Supongo que reconocerá mi voz —intervino el federal de

inmigración.

—Pues, no —replicó Queen que iba de sorpresa en sorpresa y en el fondo se sentía indignada.

—Yo soy quien la llamó por teléfono amenazándola.

—¡No me diga...!

—Sí, había que hacerla salir, pero sin que Jay se lo dijera directamente; es decir, que también había que montar la situación para que usted no recelara de él.

—¡Pues ha sabido engatusarme bien! ¡El muy canalla!

—No piense que se ha abusado de usted, señorita —advirtió el federal Irfee—. En todo momento, ha estado protegida.

—Sí, pero ¿y el hombre que nos seguía por la calle al salir de la leonera? —objetó Queen tratando de cogerles en falso.

—Era uno de nuestros agentes. Había que dar mucha veracidad al asunto y Jay no le hizo daño. El agente, como todos los federales, era experto en judo, lo que equivale a decir experto en caídas.

—Pues Jay me dejó sin su protección durante varias horas.

—Si se refiere a cuando estuvo en compañía de la bella Melany, le diré que no, porque...

—¿También es agente? —saltó asombrada.

—Sí.

—Pues lo disimuló muy bien la bella agente —dijo conteniendo su cólera—. Me han utilizado como un muñeco. Yo creyendo en Jay y él engañándome en todo momento.

—No le coja rencor. No olvide que expuso su vida para evitar que fuera repatriada.

—Sí, y me ha dejado en manos del departamento federal de inmigración...

—Sí, pero será para poner en regla su documentación si desea solicitar el asilo político. Con la documentación arreglada, los rusos ya no pensarán en repatriarla y vivirá con toda tranquilidad en esta nación que le estará agradecida por su intervención en el caso —explicó el inspector del departamento de inmigración.

—¿De veras harán eso por mí? ¿En adelante podré vivir sin zozobra de ninguna clase?

—Sí, pero antes deberá contarnos cómo y dónde está Jay Emerson. Lleva una pequeña emisora encima, pero advirtió que dentro del tanque-cisterna en que iba a llevarle el abuelo Mason no

podría emitir. Que lo haría luego al salir, si es que tenía suerte de tropezar con Donaldson, y ciertamente es lo que ha ocurrido. La contraseña era que la enviaría a usted con cualquier argucia hacia aquí, pues pidió que no le siguieran, para evitar recelos. Se ha hecho todo tal como él dijo, sólo que no hemos recibido el mensaje radiado que prometió.

—No ha podido lanzarlo porque se halla en un subterráneo.

—¿En un subterráneo? —preguntó el capitán Sharper.

—Sí, en el aparcamiento particular del Donald South Bank.

Rápidamente, Queen contó todo lo ocurrido desde que salieran del camión cisterna. Al terminar su relato, el inspector de estupefacientes se apresuró a decir:

—Pues hay que ir hacia allí aprisa, es la gran ocasión. Cogemos a Donaldson con las manos en la masa, con la heroína en su poder.

—¿La heroína? Si es leche en polvo —objetó Queen.

—Encima hay tres pulgadas de leche en polvo, pero lo que hay debajo es heroína pura que el departamento ha puesto a disposición del agente Emerson para esta misión. Si atrapamos ahora a Donaldson será con drogas en su poder, drogas que por otra parte habrá robado al departamento federal sin que éste se las haya ofrecido, pues Jay y Donaldson no han tenido ningún contacto previo. Ese hombre está verdaderamente atrapado. Jay ha sido más astuto que un coyote. Su método no ha sido muy ortodoxo, pero ha valido la pena para quitar de la circulación a elementos tan peligrosos.

—Me temo que a quien sacarán de la circulación es a Jay. Iban a analizar los paquetes.

—Entonces, no perdamos tiempo. El agente Emerson servirá mejor al FBI vivo que muerto.

CAPÍTULO XI

—Están tardando demasiado —masculló Arch S. Donaldson escrutando amenazadoramente el rostro de Jay.

—¿Nervioso?

—Te crees muy listo, ¿eh, Jay?

—No me tengo por tonto.

—Pues los que se pasan de listos, como tú, acaban mal.

Sammy Stevens sacó un paquete de cigarrillos, para colocar un pitillo entre sus labios abultados. Jay le pidió:

—¿No me ofrece uno?

Antes de acceder, Sammy miró a su jefe. Éste asintió:

—Que fume. Todavía tenemos tiempo por delante y luego ha de explicarme muchas cosas.

Jay tomó el cigarrillo de las manos de Sammy y esperó a que éste le prendiera fuego. Luego, comenzó a fumar parsimoniosamente, como si él allí, desarmado, mojado y en solitario, dominara la situación.

Su frialdad irritaba profundamente a Arch S. Donaldson, que estaba acostumbrado a ver el terror en los ojos ajenos, en los rostros de sus enemigos y víctimas.

—Como haya sucedido algo, lo pasaréis mal, muy mal.

—Sólo lanza amenazas, Donaldson. Parece que tiene miedo. Los ojos del banquero relampaguearon.

—¡Si sigues insistiendo!, ¡haré que te arranquen la lengua! ¡Arch S. Donaldson jamás ha tenido miedo!

—Qué raro, a mí me lo parecía.

—¿Le tapo la boca? —inquirió uno de los matones.

—No, dejadlo que bravuconee. De nada va a servirle. El sabe que está perdido.

—¿De veras?

—¿Qué tratas de insinuar? ¡Vamos, suéltalo, escúpelo! —apremió Donaldson irritado.

—Arch S. Donaldson es un hombre astuto, el controlador del mundo de los narcóticos en la ciudad de Los Ángeles. La policía y el departamento federal de estupefacientes siempre, tras él y jamás han podido probarle nada.

El pseudobanquero rió jactancioso y satisfecho.

—A mí jamás me atraparán, sé hacer bien las cosas. No dejo pistas a la policía. Por eso mis hombres me obedecen, saben que trabajo con limpieza. El FBI nada podrá contra nosotros.

—Pues a mí me parece que si el FBI se presentara ahora, tendría problemas.

—¿Por qué, por el cadáver?

—Bueno, el cadáver del abuelo. Mason no es de la jurisdicción del FBI, pero sería una prueba aplastante.

Donaldson se giró hacia sus hombres, ordenando:

—Metedlo en el tanque del camión y cerrad luego. Con la manguera limpiad la sangre del suelo.

Así se hizo. Jay, fumando displicente, observó el trabajo de los hombres de Donaldson.

—Ya está borrado, ya no hay cadáver. Luego, el camión se lanza por un acantilado y desaparece bajo el mar.

—Queda la droga.

—¿Qué droga?

—La heroína.

—Todavía no ha llegado —advirtió Donaldson—. Cuando venga la chica...

—La heroína ya está aquí.

—Parece que quieres pasarte de listo, Jay.

—Oh, no —dijo apartando el cigarrillo de su boca para expulsar el humo con fina insolencia que crispó los nervios del pseudobanquero—. La heroína está en dos paquetes.

—Pero ¿eres imbécil o qué? ¿Te crees que no nos hemos dado cuenta de que es leche en polvo?

—Sí, lactato cálcico es la parte superior, para disimular, pero bajo la capa de un par de pulgadas de leche en polvo, está la heroína.

—¡Sammy, compruébalo inmediatamente! —ordenó tajante Donaldson, mirando iracundo a Jay, que no parecía inmutarse por nada.

El mulato Sammy abrió de nuevo uno de los paquetes. Hurgó con su dedo índice y al fin extrajo una pequeña muestra del interior del paquete que se llevó a la punta de la lengua.

La saboreó durante unos instantes. Alzó sus grandes ojos y miró significativamente a su jefe.

—Heroína pura.

—¡Diablos! —exclamó sorprendido Donaldson, que creía que aquello no era más que una treta de Jay.

—Ya se lo he dicho, la heroína estaba ahí dentro.

—¿Y por qué lo has confesado ahora? Pudiste habértelo ahorrado.

—Lo he dicho para que no siga esperando a Queen.

—¿Que no la espere? Entonces, el que ella se marchara con mis hombres sólo ha sido una treta...

—Sí. Ya que iba a liquidamos una vez hubiera tenido la droga en su poder, he tratado de que ella escapara.

Donaldson borró la ira de su rostro y se carcajeó delante de Jay.

—¿Y de veras crees que esa chica va a escapar de las manos de Stanley y Japherty?

—Naturalmente que lo creo, y usted también, Donaldson. ¿No le parece que tardan demasiado?

—Pero vendrán, ya no tardarán.

—El tiempo me dará la razón, Donaldson.

—No, verás cómo no y ahora que ya tenemos la droga, mantendremos una charla interesante sobre el modo de obtener la droga por tu parte y la forma en que ibas a distribuirla.

Al ver que dos de los *gangsters* avanzaban amenazadoramente hacia él, Jay les contuvo con una sonrisa de suficiencia. Disimuladamente, dio una ojeada a la esfera de su reloj mientras acercaba el cigarrillo a sus labios.

—No son necesarios los métodos violentos. Se lo contaré todo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué tanta amabilidad, porque ya consideras a la chica a salvo?

—Es posible.

—Bien, bien, no creo que Stanley y Japherty queden burlados

por una simple mujer, pero ahora hablemos de la heroína, de lo que interesa.

—¿No adivina de dónde he sacado la droga camuflada bajo la leche en polvo?

—No, y por ese sistema no vas a hacerme decir quiénes son nuestros proveedores. Yo tengo todos los archivos a buen recaudo, tanto de los proveedores como de mis distribuidores.

—Sí, es usted un hombre de empresa, pero va a llevarse una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntó sarcástico, como de vuelta de todo.

—Esa heroína me la ha proporcionado el departamento federal de estupefacientes.

El rostro de Donaldson palideció. Los otros cuatro hombres se miraron entre sí, preocupados, mientras Jay, con la espalda apoyada en el camión cisterna, seguía fumando y observándolos como lo haría un científico a cobayas metidas en una jaula tras haberles inyectado una droga que de un momento a otro les hiciera reaccionar virulentamente.

—¿Qué has dicho?

—Que el FBI me ha proporcionado esa droga.

—¿Crees que vamos a tragarnos semejante cuento?

—Vamos, Donaldson. Usted es un tipo listo. Jamás han podido atraparlo con las manos en la masa, pero si ahora viniera el FBI, lo pillaría con la heroína en su poder y ningún abogado le evitaría una condena.

Donaldson frunció el ceño, temiendo una tormenta. Achicó sus pupilas y fue acercándose a Jay, al tiempo que le preguntaba:

—No me estarás diciendo que esto ha sido una trampa, ¿verdad?

—Sí. Había que encarcelar al astuto Arch Donaldson y como siempre estaba bien protegido, debíamos tenderle una celada, provocarlo.

—¡Todo lo que estás diciendo son embustes para salvar el pellejo! —gritó Donaldson casi fuera de sí, zarandeando a Jay por las solapas.

Jay no se dejó inmutar por el ataque del excitado banquero. Para sacárselo de encima, le aplicó la punta del cigarrillo sobre el dorso de la mano.

Donaldson saltó hacia atrás al recibir la leve quemadura.

—¡Maldita sea! ¡Voy a aplastarte como a una cucaracha!

En aquel momento se escuchó el ruido de la puerta del garaje subterráneo abriéndose, con el consiguiente ruido del motor y el chasquido de los resortes metálicos.

—¡Ahí está tu chica y ahora te arrepentirás de haber intentado burlarme, los dos juntos pagaréis!

—No, éstos no son sus hombres, sino la policía —advirtió Jay. Comenzaron a descender coches y las sirenas ulularon dentro del garaje. A través de un megáfono portátil, la voz de un hombre advirtió:

—¡Entréguense, todo el edificio está acordonado! ¡Sus hombres, Stanley y Japherty, ya están detenidos, no tienen escapatoria! ¡Soy el inspector federal Irfee y conmigo colabora el capitán de detectives Sharper y los agentes de la Metropolitana!

—¡Hay que matarlo, maldito federal, nos ha engañado! —rugió Donaldson sintiéndose acorralado por primera vez en su vida.

Arrebató la pistola al mulato y quiso disparar contra Jay, pero éste ya no estaba.

Rodando había desaparecido debajo del camión cisterna.

—¡Debemos entregarnos! —gritó Sammy a sus compañeros—. ¡Esto es una ratonera sin salida!

—¡Estúpidos, tenéis que enfrentaros a la policía! —masculló Donaldson disparando a boca de jarro contra Sammy. Éste cayó muerto.

Los tres dispararon contra la policía, la cual replicó con ráfagas de ametralladora.

Uno de los hombres cayó cerca del camión. Jay, apareciendo por debajo del mismo, le arrebató la pistola de la mano mientras Arch S. Donaldson desaparecía tras la puerta de un ascensor.

Jay corrió tras él, pero al llegar a la puerta, ésta se cerraba. No lejos había otra puerta y Jay pensó:

«Debe ser la escalera de emergencia, por si se estropea el ascensor».

Disparó sobre la cerradura y abrió la puerta mientras los tres maleantes que quedaban eran abatidos por el fuego de la ley.

Jay corrió escaleras arriba, pero cuando llegó a la planta principal, Donaldson ya había salido del ascensor.

Viendo las puertas abiertas, siguió el camino que tomara el asesino y, tras adentrarse en el Banco, descubrió dos puertas. Una de ellas acababa de cerrarse.

Jay corrió hacia ella y comprobó que era otro ascensor. Rápidamente, hizo saltar las dos cerraduras que tenía la puerta lateral y se halló con otra escalera, ésta descendente, y sólo una bala en su cargador. Una bala que debería aprovechar muy bien si quería que Donaldson no terminara con él.

La escalera conducía a la caja fuerte, instalada entre los cimientos del edificio.

Cuando llegaba al subterráneo, descubrió a Donaldson que estaba abriendo la gran puerta de la caja fuerte.

—¡Quieto, Donaldson! —ordenó tajante—. ¡Está arrestado!

Donaldson disparó contra Jay y éste tuvo que saltar para protegerse tras una columna de acero. Este breve tiempo bastó para que Donaldson pudiera abrir la puerta de la caja fuerte, pasando al interior de la misma.

Jay corrió asiendo la gran rueda que cerraba la caja para impedir que Donaldson se encerrara dentro de la bóveda del Banco.

—¡Salga, Donaldson, está atrapado, no tiene escapatoria!

El asesino no respondió. Jay se decidió a abrir la puerta, descubriendo que dentro de la propia caja fuerte, disimulada entre los estantes donde estaban colocados los billetes y que habían sido corridos mediante algún resorte, había una segunda puerta de acero. El federal comprendió.

—¡Una salida secreta; Donaldson trata de evaporarse!

Corrió tras la puerta y se halló en otras escaleras descendentes. Oyó los pasos del fugitivo delante de él.

Jay saltó materialmente los peldaños con su agilidad felina para avanzar con más rapidez y cortar la fuga del banquero.

Consiguió alcanzarlo, por haber tenido éste que entretenerse en franquear una puerta de acero con las llaves que portaba encima.

Donaldson le disparó a boca de jarro, mas la bala no halló el cuerpo del federal, que se lanzó sobre el asesino. Éste lo golpeó con el cañón de su pistola ya sin balas, pues el percutor martilleó en el vacío.

Jay rodó por el suelo, dolorido por el fuerte golpe.

Donaldson no quiso perder tiempo en rematar a su víctima.

Abrió la puerta y trató de cerrarla, pero Jay, ya repuesto, introdujo su pie entre la hoja y la jamba. Al otro lado, Donaldson masculló rabioso, pero soltó la puerta corriendo cuanto pudo.

Jay le persiguió y entonces descubrió el lugar donde se hallaban.

—Un laboratorio subterráneo, el laboratorio de los narcóticos que tanto tiempo han estado buscando mis compañeros inútilmente.

—¡No me atraparás! —gritó Donaldson corriendo por la nave.

—Tengo una bala todavía.

Donaldson asió por el cuello un matraz de dos litros lleno de un líquido verde transparente y lo lanzó sobre Jay. Éste se apartó con un salto y el recipiente se estrelló violentamente contra la pared embaldosada en blanco.

Donaldson, acorralado, caminó hacia atrás. Deseoso de lanzar más cosas contra Jay, derribó con su codo todo un sistema de aparatos de cristal preparados para una reacción. Se destruyeron con gran estrépito, cayéndole los líquidos encima. Éstos se inflamaron espontáneamente al contacto de unas materias con otras.

Al verse rodeado de fuego, Arch S. Donaldson lanzó un alarido infrahumano. Jay deseó correr hacia él, pero el incendio se propagó con más explosiones.

No habiendo nada que hacer allí, salió del laboratorio y cerró la puerta apresuradamente cuando se produjo otra explosión aún mayor. Las paredes de hormigón vibraron y el acero de la puerta comenzó a dilatarse.

CAPÍTULO XII

En uno de los despachos del departamento federal de estupefacientes, Queen recibió a Jay con mirada hostil.

—Cariño, parece que quieras fundirme.

—Te has burlado de mí cuanto has querido, ¿no? El carraspeó.

—Había que atrapar a Donaldson, compréndelo.

—Pudiste decírmelo.

El inspector Irfee carraspeó. Poniéndose en pie dijo:

—Creo que me esperan en otro despacho... —Anduvo hacia la puerta, pero antes de alejarse se volvió para añadir—: Señorita, un agente federal no puede revelar los pormenores de una misión, ni siquiera a su esposa.

Luego, los dejó solos.

—Cariño, toma tu nueva documentación. Ya eres ciudadana americana.

—¿Tratas de excusarte y sobornarme con esos papeles?

—¿Sobornarte, para qué?

—Para que yo, bueno, ya me entiendes...

—Oh, no. Lo que yo quiero lo tomo y ya está.

—¿Quéeee? —inquirió ella furiosa.

Jay la asió por el brazo. La puso en pie contra su voluntad y la enlazó por la cintura. Pese a tener que recibir puñetazos, golpes y patadas en las piernas, la besó en los labios de tal modo que la fiera se amansó y participó en la caricia.

Cuando ésta terminó, Queen frotaba su mejilla contra la del hombre.

—No te perdonaré nunca, Jay, nunca...

—Ya has oído al inspector, cariño. Una esposa no debe preguntar demasiado a un agente federal.

—Es que yo no soy tu esposa.

—Pero lo serás, lo serás...

Otro beso cortó las protestas femeninas. Como siempre, Queen quedó subyugada, vencida, ante las caricias de aquel hombre cínico, jactancioso, pero viril y dominante.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.